

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

La tela de araña



Myrna Loy
William Powell

LA TELA
DE ARAÑA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de librería - Barberá, 16 - Barcelona



Publicación semanal

Año XI

Núm. 204

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

LA TELA DE Araña

Drama intenso y lleno de emoción en el que un matrimonio feliz, estrechamente unido por el cariño de una hijita adorable, está a punto de verse deshecho por embates adversos de la vida, teniendo ella el valor y la rectitud de confesar la comisión de un homicidio que creía haber realizado, para que no fuese condenada una inocente. Dicha confesión puso al descubierto un flirteo inocente pero de engañosas apariencias y, cuando ella estaba a punto de abandonar aquel hogar, llegó el esposo comprensivo con el perdón más generoso. ☺ ☺ ☺ ☺

PRODUCCIÓN



Metro Goldwyn
Mayer

Calle Mallorca, 201
BARCELONA

Imprenta Comercial - Valencia, 254 - Teléfono 70657 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

John Prentice	WILLIAM POWELL
Evelyn	MYRNA LOY
Dorothea	Corasue Collins
Amy Drexel	Una Merkel
Nancy Harrison	Rosalino Russell
Judith Wilson	Isabel Jewell
Larry Kennard	Harvey Stephens
Delaney	Edward Brophy
Chester Wylie	Henry Wadsworth

Director:

WILLIAM K. HOWARD

NARRACIÓN DEL FILM POR
LUIS ARNAL

LA TELA DE ARAÑA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

¿LOS PRENTICE Y SU AMIGA?

Aquellos días, la prensa neoyorquina, esos inmensos periódicos que, con aquella vida tan agitada, nadie tiene tiempo de leer, eran recogidos en todas partes con verdadera ansiedad. Pero todos los hojeaban en busca de la noticia sensacional de la que estaba pendiente la curiosidad unánime de todos, relacionada con el proceso de Nancy Harrison cuya vista se estaba celebrando aquella tarde.

No es pues de extrañar que, al ser suspendida la vista hasta el dia siguiente, corriesen apresuradamente los reporteros a las cabinas telefónicas y comunicasen a la redacción el resultado.

—El fiscal Farley — telefoneó uno de los reporteros — ha dejado caer una bomba en el proceso Ha-

rrison con la presentación de un inesperado testigo.

Otro telefoneó:

—A no ser que Prentice se descuegue con una de sus hábiles defensas, la cosa se pone fea para Nancy Harrison.

Mientras que otro comunicaba:

—Si Prentice rompe el juego por la mañana, señor director, estoy seguro de que el caso pasará al jurado mañana por la tarde.

Salió Prentice, el famoso abogado, y los periodistas lo rodearon aturdiéndole con sus preguntas:

—Quisiera complacerles — contestó —, pero no tengo noticias para ustedes. ¿Por qué no le preguntan al fiscal, que tal vez pueda darles alguna noticia?

Cuando lo dejaron solo los periodistas, se le acercó Delaney, su pasante y hombre de confianza, diciéndole:

—Todo va bien. He encontrado al otro doctor en Brooklyn. Se llama Gillette y tiene las radiografías en su poder.

—¿Cuándo podré hablar con él?

—A cualquier hora, después de las seis.

—Pues que venga a mi casa a las ocho y media de la noche. Y que vayan también el doctor Lyons y la enfermera.

—Está bien.

Salio también de la sala la acusada, Nancy Harrison, mientras hablaba con su defensor, Delaney, feo, bajo y tripudo, contempló la hermosa pareja que formaban el defensor y la defendida. Los dos eran altos, jóvenes, distinguidos, lleno en él de simpatía la gallarda figura, y ella guapa con belleza capaz de alucinar a cualquiera.

—Empiezo a estar preocupada, Mr. Prentice.

—¿Por qué? Yo no lo estoy.

—Usted no se halla acusado de homicidio como yo.

—¿Quiere hacerme un favor?

—Desde luego.

—Vaya usted al teatro esta noche y olvídelo todo. No tiene usted que preocuparse de nada.

—Bien... Estoy entre sus manos.

—¿Le disgusta?

—Usted sabe que no.

—Pues adiós, y hasta mañana, sin preocupación alguna.

—Buenas noches.

Y Nancy se separó de Prentice, marchando éste a su despacho.

—Esta noche—le manifestó a su secretaria—irán a mi casa a las ocho y media los dos doctores y la enfermera.

—¿Ha olvidado usted lo de esta noche?

—Esta noche?

—La fiesta que da su esposa en honor de su invitada.

—¿Qué invitada?

—La señora Brexel.

—Ah, es cierto... No sé si podré asistir... Iré sólo un momento a tomar un cocktail... Dígale a Delaney que vengan esos médicos a mi despacho en lugar de ir a casa.

—Así lo haré.

—Gracias.

**

Evelyn, la esposa del abogado, se encontraba en su casa ocupada en los preparativos de la fiesta que

daba en honor de su amiga Amy Drexel, cuando se presentó ésta. Extraño contraste el de aquellas dos mujeres tan adorables ambas, aunque tan diferentes.

Evelyn era morena, seria, reflexiva y estaba dotada de una belleza majestuosa y serena, mientras que Amy era un diablillo rubio verdaderamente encantador, con una gracia incomparable. Como acababa de regresar de pasar una temporada en París, entremezclaba continuamente en su conversación palabras francesas.

Cuando se abrió la puerta el viejo ayuda de cámara del matrimonio Prentice le saludó:

—Bon soir, Alberto... Hola, Evelyn.

—Hola, querida.

—¿Estás ultimando los preparativos?

—Sí. ¿Quieres ayudarme?

—Mais oui.

—Qué lindo traje traes—dijo Evelyn mientras pasaban al departamento inmediato para preparar el cocktail.

—Oh, merci... ¡Cuántas clases de tenedores!... Esto quiere decir que tendremos entremeses.

—He puesto a tu amigo Chester Wylie junto a ti... ¿Aparte de ser un poco borrachín, qué otros defectos tiene?

—Pues que se cree que es un artista... Nos conocimos en París. Tiene una casita en el campo y un estudio en Greenwich Village. ...Es de la escuela modernista... de esos que trazan unas líneas que parecen rascacielos y luego aseguran que es un perro en reposo... Y es un adorador de los guisantes en conserva... Pero, a pesar de todo, me resulta simpático... ¿Me dejas hacer eso?

—¿Sabes?

—Claro que sé... A la perfección... La última vez que hice un cocktail, se fugaron cuatro novios, el conserje bailó de coronilla y un marido se mostró amable con su esposa.

—Siendo así, hazlo tú.

—Verás... Ginebra y vermouth francés...

—¿Algo más?

—Claro... Coñac, ajenjo y unas gotitas de bitter.

—Oye, Amy, vas a asesinarlos a todos... No ignoras que son gente respetable.

—El matrimonio te ha cambiado el carácter... Antes eras una muchacha resuelta, llena de energía, y, en cambio, ahora te encuentro demasiado tímida y apacible... ¿Te pega tu marido?

—No. Y aunque fuera para eso... desearía que viniera a casa.

—No es necesario. Yo conozco a un caballero que le pegaba a su esposa en el cabaret... y ella encantada... ¿Dónde está el hielo?

—Aquí... Yo me considero feliz si como con John un día a la semana.

—¿Quieres decir con eso que él...?

—De ninguna manera. Le quiero más que nunca y él me quiere a mí... Pero me encuentro tan harta de la palabra ley... y de todas sus derivaciones...

Le interrumpió el sonido del timbre telefónico y acudió al aparato preguntando:

—¿Qué hay?... Ahora voy.

Después le manifestó a su amiga:

—Dorotea quiere que suba a darle un beso. Si los invitados llegan antes de que yo baje, atiéndalos.

—En cuanto hayan probado mis cocktails, no se dan cuenta de si estás aquí o no... Así es que no tienes que apresurarte.

Evelyn subió al piso superior y entró en la alcoba de su hijita, preciosa niña de cuatro o cinco años que se encontraba en su cama, despierta, con una muñeca entre sus brazos, esperando a su mamá.

—Buenas noches, rica.

—¿No me dejas que me levante para ver las visitas?

—No, hija mía. Es una fiesta para los mayores. Dale un beso a tu mamá... ¿No hay otro para tu papá?

—¡Oh, mamá!... Siempre te tengo que estar dando besitos para él... ¿Por qué no viene papá a casa para que yo misma se los dé?... Di, mamá.

Era aquél, precisamente, el conflicto fundamental de aquel matrimonio: el marido adoraba a su mujer, tan guapa, tan cariñosa, tan buena; la esposa, a su vez, lo adoraba a él, tan gallardo, tan bueno y con tanto talento; ambos adoraban a aquella pequeñuela tan hermosa, tan precoz y buena; y la niña adoraba a sus padres como todas las niñas los adoran. Pero el abogado, esclavo de sus ocupaciones, de su carrera, de su fama, no tenía un momento para estar al lado de su esposa y de su hija.

Y de este conflicto fundamental del matrimonio podían derivarse consecuencias funestas, hasta llegar a la tragedia, porque, sin tener tales circunstancias fuerza determinante suficiente para occasionar nada grave, todo lo más un estado de continuo disgusto, preparaba el terreno dejándolo bien

abonado para que pudiesen germinar en él y desarrollarse lozanas todas las malas hierbas de la vida.

**

Llegaron los invitados, bebieron los cocktails servidos por Alberto, el ayuda de cámara, en elegante bandeja, y se animó extraordinariamente la fiesta.

Chester, el novio de Amy, era, no un borrachín, como decía Evelyn, sino más aún que un borrachón. Se acercó a Alberto y, cogiendo otra copa, exclamó:

—Alberto, venga otro cocktail; estoy lo que se dice decaído.

Amy se lo quitó de la mano.

—Chester, ésta es la sexta que tomas y yo sólo he tomado dos. Je vous en prie.

Y marchándose ella con la copa, Chester cogió otra de la bandeja, exclamando:

—Alberto, sigo estando deprimido.

Los convidados hablaban animadamente.

—No me explico su tardanza

—comentaba una señora—. Su deber es asistir a esta fiesta.

—Yo sí sé a qué atribuir la tardanza de John—le contestaba un caballero—. Tiene una causa difícil.

—¿Crees que la condenarán? —preguntaba otro señor.

—Con su tipo—decía otra—y con doce hembras en el jurado... imposible.

—Muy gracioso.

—¿De qué se ríen ustedes?

—Le estaba preguntando a la señora Drexel qué opina de...

—Deje que yo se lo explique... Quería saber si yo había notado algún cambio radical en la actitud de los franceses durante mi estancia en París, y le he dicho que no; que continúan siendo verticales cuando están en pie y horizontales cuando están acostados.

Mientras todos reían su chiste, se asomó al recibidor, viendo llegar al dueño de la casa.

—John.

—Hola, Amy.

—No has cambiado nada en absoluto.

—Tú sí; estás más guapa que nunca.

—Debes subir en seguida a cambiarte de traje—dijo Evelyn

entrando en el recibidor—. Ya hablaréis después de la cena.

—Querida, lo siento mucho, pero no puedo quedarme a cenar... He venido tan sólo a ofrecer mis excusas por tener que marcharme. ¿Y la nena?

—Está bien: durmiendo ya. ¿Pero no puedes quedarte?

—¿Qué significa eso? — saltó Amy—. ¿Vas a dejar desairada a tu huésped de honor?

—Amy, lo deploro infinito... pero es la libertad de una mujer lo que se encuentra en juego... Ya comprenderás que ha de ser algo muy urgente cuando...

—Ven y probarás mis cocktails: así lo sentirás más.

—Excelente idea — respondió entrando en el salón — pero uno nada más. Buenas noches, señores.

—Buenas noches — le contestaron todos mientras Amy exclamaba:

—Si yo encontrara un hombre que me dejara sola con tanta frecuencia, me casaba mañana.

—¿Tienes esperanzas de ganar, John? — le preguntó un amigo.

—Sí... por supuesto.

—Yo no sé — dijo otro —; en tu lugar, yo estaría preocupado. Al fin y al cabo, Mancy Harrison es

una mujer que ha dado ya varias campanadas.

—Bueno... A la gente le gusta murmurar.

—Y siempre se han prestado a la murmuración las viudas jóvenes y ricas.

—Es tan guapa como dice la gente?

—Es una mujer muy atractiva... Ahora se encuentra, naturalmente, algo preocupada... Pero sé que ganaremos... Amigos, he de marcharme... Sintiéndolo muchísimo, he de deciros adiós.

Lo despidieron todos, y Evelyn lo acompañó hasta la puerta.

—¿No tardarás mucho, verdad? — le preguntó.

—No sé qué decirte. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es que me gustaría muchísimo dar un paseo con Amy y con Chester cuando los otros se hayan ido.

—Ah, querida, no creo poder complacerte... ¿Y no podríais ir sin mí?

—Claro que sí.

—Tú no te das cuenta, Evelyn querida, de que sería faltar a mí deber... si yo no hiciese cuanto esté en mis manos para salvar a esa mujer.

—Desde luego... ¡Ay, si no delinquiesen tan a menudo!

—¿Qué quieres? Nosotros no podemos arreglar la vida.

—Pero John... ¿No te das cuenta de que siempre tenemos en el desayuno, en la comida y en la

cena... ladrones... asesinos... y pistoleros?

—Es cierto — dijo él sonriente mientras se marchaba —. Ladrones, asesinos y pistoleros. Adiós.

LOS DOS ESPOSOS FLIRTEAN

A las ocho y media de la noche, conforme a lo convenido, se presentó en el despacho del abogado su pasante Delaney, acompañado de los dos médicos y de la enfermera. Estos desplegaron dos radiografías de toda la caja del cuerpo de un hombre y contestaron a las preguntas de Prentice.

—Sí, señor; esta radio fué tomada después de la segunda operación.

—¿Y de esto sólo hace cuatro meses, verdad?

—Sí, señor, y hasta su muerte estaba en tratamiento.

—¿Le hizo usted ambas operaciones?

—Sí, señor.

—¿Y usted, doctor?

—Yo actué como ayudante.

—¿Y usted actuó como enfermera, no es cierto, señora Lloyd?

—Cierto, en ambas operaciones.

Sonaron unos golpes discretos en la puerta.

—Discúlpennme ustedes un momento.

Y salió, encontrándose con Nancy Harrison, que imploró:

—Por favor, no me riña.

—¿No he reñirla?... Creo haberle dicho que se fuera usted al teatro a divertirse y a olvidar preocupaciones.

—Ya lo sé... Pero me es imposible... No puedo evitar que me preocupe lo de mañana, porque su resultado influirá decisivamente en mi vida futura... Y, sin poder darme exacta cuenta de lo

LA TELA DE ARANA

que hacía... me he encontrado camino de aquí... Permitame que me quede.

—Perfectamente, le complaceré... Pase... Le presento a usted al doctor Gillette... El doctor Lyons... La señora Lloyd... La señora Harrison.

—Tanto honor.

—Tanto gusto.

—Tenga la bondad de sentarse.

—Gracias.

—Si ustedes hicieran el favor de encontrarse mañana en el Juzgado a las diez de la mañana, yo procuraría que se encontrasen despachados lo antes posible. No pueden ustedes imaginarse cuánto les agradezco que hayan venido a mi despacho a estas horas. Sé lo ocupados que están.

—No tiene importancia.

—Y tengan ustedes el convenimiento de que con su aportación están ayudando la causa de la Justicia.

Se despidieron y marcharon todos, y Prentice le dijo a Nancy:

—Mañana a estas horas estará usted absuelta.

—¿Está usted seguro?

—Lo estoy, porque el hombre contra cuyo coche chocó el que guiaba usted sufría una tuberculosis ósea.

—¿Qué dice?

—Antes del accidente que le costó la vida, había sido operado dos veces... y, después de la segunda operación... su vida, en realidad, pendía ya de un hilo... Estos dos doctores lo atestiguaron... Declararán también que desde entonces una ligera excitación podía serle de funestos resultados... El médico le tenía prohibido al interfecto conducir ninguna clase de vehículos... Por lo tanto es muy posible que ese hombre estuviese ya muerto cuando el choque. Claro es que esto no lo podré probar... pero es seguro que llevará la duda al ánimo del jurado... Y un jurado que duda... es un jurado que absuelve.

Y allí se quedaron los dos hablando mientras Evelyn, Amy y Chester, terminada la cena y despedidos los invitados, salían a dar el proyectado paseo y entraban, más tarde, en un cabaret.

**

Entraron en el cabaret que estaba atestado de gente y se sentaron ante una mesa, viendo cómo bailaban con extraordinaria agili-

dad y gracia dos negros. En una mesa próxima se encontraban dos personas, una de las cuales miraba insistentemente a Evelyn.

—¡Qué excelentes bailarines!—le dijo el otro.

Y él, sin hacerle caso, le preguntó:

—¿Quién es aquella mujer que va vestida de negro? Aquella que está sentada entre un hombre que parece borracho, y una rubia.

—No la conozco. Debe ser esta la primera noche que viene a este cabaret.

Entretanto, Evelyn les decía a sus amigos:

—Perdonad un momento. Voy a telefonear a casa. Si ha vuelto ya John, le diré que venga aquí.

—Ya lo haré yo—dijo Chester, intentando vanamente incorporarse.

—Me parece algo difícil—le dijo Amy sonriente mientras Evelyn marchaba al teléfono.

Y aquel hombre elegantemente vestido que tanto se fijaba en ella, al ver que se dirigía a la cabina telefónica, se levantó disimuladamente y siguió sus pasos.

Y Evelyn telefoneó mientras aquel sujeto escuchaba sus palabras sin que ella lo notase:

—Oiga... Sí... soy la señora de Prentice... ¿Ha regresado ya mi

esposo?... ¿No?... Nada, ningún recado... Volveremos en seguida... Adiós.

Y al salir ella de la cabina telefónica, el individuo que había estado escuchando hizo como que llegaba y la saludó:

—Hola, señora de Prentice. ¿Cómo está usted? ¿No se acuerda usted de mí?

—La verdad, no caigo...

—Me llamo Kennard... Lawrence Kennard.

—¿Sí?

—Ya hemos sido presentados.

—¿De veras?

—Sí... Pero ahora no consigo recordar en dónde fué... ¿En casa de Carroll Gibson?

—¿Carroll Gibson?

—El autor.

—Ah, ya... No conozco a Mr. Gibson.

—Entonces tal vez fuera en casa de la señora Blakely, en uno de sus té's.

—No conozco a la señora Blakely, pero he oído hablar de ella.

—¡Oh! le aseguro que estoy avergonzado... Ya recuerdo.

—¿Qué recuerda?

—La recuerdo a usted... Quiero decir a su sonrisa... Perdone usted, pero es una sonrisa tan atractiva... Ya decía yo que nos habíamos visto antes... Una son-

risa tan enigmática... Ah, perdón. Quizás le estoy pareciendo a usted un impertinente.

—Usted me disculpará. Me voy a mi mesa.

—Siento haberla molestado. Buenas noches, señora Prentice.

—Buenas noches.

Cuando volvió a su mesa y se sentó entre Chester y Amy, ésta le preguntó:

—¿Quién es ese muchacho tan elegante con el que has estado hablando?

—¿Es que me has visto?

—A mí no se me escapa nada. ¿Quién es, di?

—Lo ignoro. Se acercó a mí diciendo que nos habían presentado hace tiempo... aunque ni él ni yo pudimos recordar dónde.

—Es un gran tipo ese muchacho.

—Sí, tiene una figura distinguida.

**

Al día siguiente, en efecto, el jurado absolió a la procesada.

En cuanto fué conocido el veredicto, Prentice recibió a los pe-

riodistas en un despacho del Juzgado y contestó a sus múltiples preguntas. Le llamaron por teléfono cuando un reportero preguntaba:

—¿Es cierto que va usted a defender al senador Brake?

—De eso ahora no puedo hablar ni una palabra; adiós, señores.

Se puso al aparato. Era Evelyn que le llamaba.

—Sí, querida, ha sido absuelta... Bien, gracias... Ha sido mucho más fácil de lo que yo creía. El jurado sólo deliberó dos horas... Pero... ¿adónde quieras que vayamos?... Claro es que me vendría descansar un poco, pero es imposible... Acabo de enterarme de que tengo que salir esta noche para Boston a ver al senador Drake... Claro, también yo lo siento, pero será solamente cinco o seis días... todo lo más una semana... Sí, sólo una maleta, como de costumbre... Hasta luego, adiós.

Efectivamente, aquella noche llegó a la estación acompañado de su esposa y de su hija, la pequeña Dorotea.

—Pero adónde se lleva ese mozo la maleta de papá — preguntó la niña.

—Se la lleva al tren, nenita—le contestó su padre.

—¿A qué tren?

—Al tren en que papá se va a Boston.

—¿Y nosotras no iremos en el tren también?

—No, rica.

—Escucha... Yo quisiera llevarte a mamá y a ti a Boston, pero tendré allí tanto quehacer que no me quedaría ni un momento para veros. ¿Serás buena mientras esté allí?

—Yo siempre lo soy, papá.

—Ya sé que siempre eres buena.

—Señores viajeros, al tren—gritó un mozo.

—Adiós, preciosa... Adiós Evelyn... Me hospedaré en el Hotel Copley. Te telefonearé cada noche... Adiós... Adiós, nenita.

—Adiós.

—Adiós.

Y John Prentice montó en el tren, que emprendió inmediatamente la marcha.

Y en el pasillo del tren, cuando se dirigía al coche restaurante, se tropezó con Nancy Harrison.

—¿Usted aquí? — le preguntó sorprendido—. ¿Adónde va usted?

—A Boston—contestó ella con acento seductor—. No te enfades

conmigo, John... Escucha... Hoy me has librado de la cárcel... Te lo agradezco tanto... Pero como no he tenido tiempo de expresarte mi agradecimiento... A causa de este viaje tan intempestivo... he decidido hacerlo a tu lado.

**

Dos días después, por la mañana, entró Amy en la habitación donde se encontraba Evelyn con un libro entre las manos.

—Hola, Evelyn.

—Buenos días, Amy.

—Bon jour. ¿Qué tal desde anoche?

—Bien. Ahí tienes unas cartas para ti.

—Oh, merci. ¿Acaso te levantas tan temprano para leer? ¿Qué libro es ése?

—Se titula «Sonetos de Aurora».

—¿«Sonetos de Aurora»? ¿Verdad que es un título bonito? Es un libro de versos.

—¿Versos por la mañana?... Tú padeces del hígado. ¿Es ese el resultado del viaje de tu marido a Boston?... Recuerdo que cuan-

do estuve allí mi primer marido, todo lo que me mandó fué una lata de guisantes.

—No es un regalo de John... Entre sus hojas venía esta carta: «Distinguida señora: Tengo el presentimiento de que anteanoche en el cabaret usted me tomó por un vulgar desaprensivo que trataba por medio de un subterfugio de tratar amistad con usted...»

—Oh—interrumpió Amy—, es aquel chico tan simpático de la otra noche... Continúa.

Y Evelyn continuó leyendo:

«Si hoy a las cuatro acudiese a tomar conmigo el té... Tal vez esto nos ayudase a recordar dónde tuve la fortuna de conocerla, o mejor la dicha.»

—Es un hombre interesante... interesante...

«Me tomo la libertad de enviarle a usted, junto con esta carta, un ejemplar de mis poemas... ¿Puedo telefonearle a usted más tarde para que dé una respuesta a mi invitación?... Le suplico que acepte. Queda a sus pies, Lawrence Kennard.»

—Un poeta... Cualquiera lo diría con unos hombros tan anchos.

—¿Lo has oído nombrar?

—Jamás.

—Ni yo tampoco... Toma café.

—Porque no le conozcas, no irás a rehusar su invitación.

—No digas absurdos, Amy.

—Yo no veo ningún inconveniente para que tomes el té con un elegante y distinguido poeta que parece ser una persona decente. ¿Quién sabe si, en efecto, os conocéis como él asegura? Bien pudiera ser.

—Bien. ¿Y qué? Eso no le da derecho a enviarme un regalo y a invitarme a que tome el té con él.

—¿Regalo?... ¿Te refieres al libro?... Quizás sea la única manera que tienes de hacerlo circular.

—Ten, te lo regalo. No lo quiero.

—Oye, Evelyn, no vayas a hacerme a mí creer que este asunto no te ha interesado un poco... Sobre todo tratándose de un chico tan simpático capaz de dedicarle una poesía a tus cejas o a tus uñas. Tendrías que dejar de ser mujer para que esto no te interesaría un poco.

—Estás equivocada. ¿Dónde almorcaremos hoy?

—¿Qué te parece el Waldorf? El «maître» es tan distinguido...

—El Waldorf entonces.

—Luego iremos de tiendas hasta que llegue la hora de que vayas a tomar el té.

—No tengo que ir a ningún té.

—Ya iré yo.

Sonó el timbre del teléfono y acudió Amy al aparato.

—Es tu poeta.

—Dile que no estoy.

Y Amy transmitió:

—No... no soy la señora Prentice. Ha salido... Pero me ha encargado que le diga que se encuentra muy agradecida a su invitación para tomar con usted el té a las cuatro... ¿Que le aguardará usted en el salón dorado del Plaza?... Parfaitement, ya se lo diré... Oui, oui, monsieur, entendu.

—Pero qué has hecho?—increpó Evelyn.

—Brindo por tu suerte... Un poeta... Y a ver si hay dificultades a la hora de pagar el té.

¡Aquella cabecita de pájaro! ¡Aquel diablillo con faldas! Como ella tomaba la vida a broma, que-

ría que todo el mundo hiciese lo mismo. Y aquella entrevista con aquel poeta tan guapo, tan elegante y tan simpático, le parecía una cosa tan encantadora, una aventura tan interesante, le parecía tan absurdo que Evelyn renunciase a ella, que le dió al galán aquella respuesta dejando comprometida a su amiga.

Verdad es que ésta podía de todos modos no ir. La consecuencia no podía ser otra que una nueva comunicación telefónica y una explicación por parte de ella diciéndole que se trataba de una broma de una amiga. Pero todo aquello era muy complicado, y lo más corto era ir.

También a ella le era simpática la figura de Kennard, y el tomar té con él no era ningún delito; ni siquiera una infidelidad a su esposo. Era, sencillamente, para ella la satisfacción de una curiosidad inspirada por la figura del poeta.

EVELYN SE DEJA ENREDAR

Sugestionada por el diablillo de Amy, acudió Evelyn a la cita, pensando que, al fin y al cabo, no era ningún delito el hacerlo, y sentada junto al poeta en el salón dorado, escuchó su conversación sugeriva y simpática, explicándole Kennard que estaba escribiendo una comedia.

—¿Cómo la va a titular usted?

—No lo sé aún ni es cosa mía. La escribo en colaboración con otro autor de quien es la idea y que tiene ya desarrollada casi toda la obra.

—Nunca he visto un hombre que se muestre tan reacio a reconocer sus propios méritos.

En esto se presentó un camarero diciendo:

—La gardenia que usted ha encargado, señor.

—No quiere usted tomar nada con el té?... ¿Unas pastas?—le preguntó el poeta mientras le entregaba la gardenia.

—Es usted muy amable, muchas gracias. Tomaré el té solo.

—Té solo—ordenó al camarero.

—Es preciosa esta gardenia—dijo ella prendiéndosela—, muchas gracias.

—Yo sé un cuento de una gardenia.

—¿Un cuento?

—¿Quiere oírlo?

—Sí... ¿Por qué no?

—Pues señor, era en la época de Navidad. Por aquel entonces,

había un joven que carecía de dinero y que se hallaba profundamente enamorado... No se ría usted de mí, que todo lo que cuento es cierto... Entró en una tienda de flores y le preguntó al dueño si tendría algún trabajo en qué emplearlo... Y quizás porque fuese Navidad, porque estaba nevando, o porque la tienda se hallaba muy sucia con el suelo lleno de papeles, de hojas y de flores mustias... el patrón dijo: «Está bien, barra eso»... Trabajó toda la mañana, y cuando terminó, el florista le preguntó cuánto dinero quería... Y él dijo: «Yo no quiero ningún dinero... sino que me dé una de esas gardenias.»

—¿Y él se la entregó a ella?

—Sí... Yo se la entregué a ella.

—¿Y a ella le gustó?

—Yo no sé si le gustó o no... y es que... alguien le había mandado ya una caja de orquídeas.

—¡Oh!

—Y esta es la primera vez, a partir de aquel día... que yo he ofrecido una gardenia a una mujer hermosa.

—Ahora que usted es rico y le sonríe el éxito, puede comprar cuantas gardenias quiera.

—Puede ser... Pero no sabe usted cuánto le agradezco que no haya encargado las pastas.

**

Después de aquella conversación con la señora de Prentice y de dejarla impresionada con su galantería y con la simpatía de su persona, marchó Kennard a su habitación, donde le estaban esperando su amigo Gregg y su querida Judith Wilson.

—Ya estoy aquí.

—Ya apareciste por fin, exclamó la joven.

—Siento llegar tarde. Tuve que esperar a un empresario.

—¿Y por qué no telefoneaste?

—No pude. Le estuve esperando en su propio despacho particular.

—Huelgan las excusas — dijo Gregg—. Dime dónde tienes el whiskey y prepararé unos cocktails.

—Acabo de encargarlo ahora mismo. Lo traerá en seguida el chico de la tienda de ahí enfrente. Voy a preparar la cotelera.

Y, antes de seguirle, le preguntó Gregg a Judith:

—¿Pero a ti qué te pasa?

—Que, cuando miente, se lo conozco en la cara.

Pasó Gregg a la habitación inmediata y le preguntó al poeta:

—¿Quién es ese gran empresario a quien tenías que ver?

—No hay tal empresario. He pasado la tarde con la esposa de uno de los hombres más significados de Nueva York. Y nos veremos otra vez mañana.

—¿Quién es ella?

—Eso no se lo diré a nadie.

—¿Es guapa?

—Ya lo creo. Fascinada con el cuento de la gardenia, se emocionó hasta la sensiblería.

Y furiosa de celos, apareció Judith, que lo había escuchado todo, diciendo:

—El cuento de la gardenia me lo sé de memoria. También yo me emocioné cuando me lo contaste... Eres un farsante.

—No vayas a hacerme ahora una escena de drama.

—Hasta luego, queridos — dijo Gregg marchándose—, yo no quiero mezclarme en interioridades amorosas.

—Oye ahora — dijo Judith excitadísima.

—¿Quieres sosegarte y escucharme un momento? Te juro que no he visto a ninguna mujer.

—He oido muy bien lo que le has contado a Gregg.

—Ya sé que lo oíste, pero nada era cierto. He inventado esa historia porque así me convenía.

Gregg tiene un gran negocio y quiero que me asocie a él.

—¿Y qué relación tiene eso con lo que le has contado respecto a esa mujer?

—Le dije que había pasado la tarde con la esposa de un hombre preeminente. Así creerá que yo puedo conseguir el dinero para montar nuestra obra.

—¿Y por qué no dijiste que lo habías visto a él en persona? Dime. ¿Por qué? ¿Qué necesidad había de mezclar en el asunto a su esposa?

—¡Oh, qué sé yo! Quizás un poco de presunción. ¿Estás ya convencida?

—No, no lo estoy.

Llamaron a la puerta y dijo Kennard:

—Ese debe ser el muchacho de la tienda que trae el whiskey... Aguarda un momento... ¿Tú puedes prestarme seis dólares?... Por no tenerlos no pude traerlo yo mismo... No tenía un centavo.

—En mi bolso debe haber dinero.

—Eres adorable — exclamó el sinvergüenza sacando el dinero del bolso—. Sal y di que los cocktails estarán dentro de un momento. ¿Se acabaron ya las tristezas?

—No lo sé.

—No puedes enojarte con tu Larry. ¿No es cierto?

—Si algún día llegase a convencerme de que me engañabas... puedes creer...

—¿Qué es lo que harías?

—No podría soportarlo... Te aseguro que no te reirías impunemente de mí... Llegaría hasta... ¡Oh, Larry!

Poco después se quedó Kennard solo en su despacho. Sobre su mesa de escritorio había un grupo escultórico de bronce. Con una llave pequeñita abrió el poeta un cajoncito secreto que había en la peana, y del cajoncito extrajo una libreta en cuya tapa se leía «Diario».

Kennard lo abrió y escribió en él en la primera página que encontró en blanco:

«Hoy he tomado el té con la señora de Prentice. Excelente negocio en perspectiva. El porvenir se despeja.»

**

Entró Amy en la habitación y se encontró a Dorotea que tenía sobre la mesa sus seis muñecas, con las que conversaba.

—¿Son tus muñecas, Dorotea?

—Sí: son Polín, y Pedrín, y Pepín, y Pascualín, y Fofín y Tripa Gorda.

—Y todos ellos tan formalitos.

—Están así porque van a recibir... un buen regalo.

—¿Dulces?

—No... Algo mejor... Están esperando a papá... Esta noche llega a casa, y yo me he puesto mi vestido mejor... Este.

—Ya, ya veo que estás preciosa. ¿Echas de menos a papá?

—Oh... Y también Polín, y Pedrín, y Pepín, y Pascualín, y Fofín y Tripa Gorda. Pero yo ya se los he explicado...

—¿El qué?

—Que los papás están siempre ocupados.

—Oh... Has aprendido muchas cosas para ser tan pequeña. ¿Dónde está tu mamá?

—Se está vistiendo.

—Oyeme. Yo creo que estos niños deben descansar antes de que llegue el tren.

—Lo sé. Es una preocupación tener una familia tan numerosa.

—¿Es que no lo sé yo?... ¡Con un gato y dos perros!

Entró Amy en la habitación de Evelyn y la sorprendió haciendo la maleta, lo que le hizo exclarar:

—¡Oh!... ¿Qu'est ce que ce?... O más claro: ¿Qué estás haciendo?

—La maleta.

—Ya lo veo. Aunque vieja achacosa, aun conservo un poquitín de vista. Lo que quise decir es para qué estás haciendo la maleta.

—Lee eso — contestó Evelyn dándole un telegrama.

En dicho telegrama se excusaba el esposo de no poder regresar y tener que continuar en Boston otra semana.

—Esto — contestó Amy después de leerlo — más que de un abogado parece de un viajante.

—No hay aquí bastantes personas con embrollos para ir a buscar clientes fuera?

Y leyó el final del telegrama:

«Te lo explicaré más tarde. Mil abrazos para ti y Dorotea.»

Y luego añadió:

—Fíjate en esas flores.

—Rosas que imploran perdón.

—Rosas, sí, pero enviadas por Larry.

—¿Larry?

—Sí, mister Kennard.

—Con que ya le llamamos Larry con cariñoso y familiar diminutivo?... Dime: ¿cuántas veces has visto a ese pájaro?

Evelyn, sin contestar, se puso

a recontar lo que iba guardando en la maleta:

—La crema de la cara, polvos, limón...

—Colorete, carmín para los labios y barniz para las uñas. Pero todo eso no es contestar a mi pregunta. ¿Cuántas veces has visto a ese pájaro?

—¿A Mr. Kennard?

—¿No contestas?

—Hemos tomado juntos el té un par de veces... unos cuantos almuerzos... y un paseo por el parque...

—Pero no entiendo la combinación... Un telegrama del esposo... y unas flores del amigo... dan por resultado una maleta hecha. No tiene sentido.

—Tiene más sentido del que tú crees. Huyo de aquí.

—¿Con Larry?

—No. De Larry.

—¿Tan serio es el caso?

—No, después de todo, no tiene nada de serio. Pero pudiera llegar a serlo.

—¿Puede preguntar adónde vas?

—Contigo. Al baile campestre de Chester Wylie.

—¡Oh! Se pondrá borracho de alegría si es que no lo está ya de otra cosa. Al pobre le apenó tanto

saber que no te gustaban las fiestas campestres...

—Las aborrezco. Trajes rústicos, heno en el cabello, vacas en el granero... pavos en la paja... Y aun así iré contigo.

**

Efectivamente, se fué Evelyn con Amy a la fiesta campestre que daba el novio de ésta. Fiesta muy movida y saturada de alcohol, conforme a las preferencias de Chester. Y, tras de desfilar de dos en dos disfrazados con trajes camperos, se fueron a bailar al interior de la casa, quedándose en la puerta Evelyn con Amy, que le dijo:

—¿No vienes al baile?

—No.

—¿Por qué?

—Ya te dije que estas fiestas... Aquí estoy muy a gusto. Hace una noche deliciosa... ¡Qué paz y qué sosiego... sin que nadie interrumpta esta calma!

—¿Sin que nada interrumpa?... Mira: aquí hay un telegrama para ti. Dices bien... ¡Qué noche tan hermosa!... ¡Si Chester no estu-

viera borracho!... ¿Serán malas noticias?... ¿Es de John?

—No, mira.

—Ah, es del pájaro aquel... Y redactado en francés para que no puedan enterarse las señoritas telegrafistas de lo que te dice... «Qu'est-il arrivé? Qu'ai-je donc fait pour vous enoyer?» O más claro: «¿Qué le ocurre?... ¿Qué he hecho yo que le haya podido ofender?... ¿Que haya podido lastimarla siquiera?... Si algo he hecho involuntariamente, le pido que me perdone. Por favor, escríbame. —Larry.»

Al día siguiente, cuando regresaron del campo Evelyn y Amy, encontrándose ambas juntas, llamó Kennard por teléfono a la primera, sosteniendo con ella una larga conversación.

Al final de ella le preguntó el poeta qué le habían parecido sus versos, y ella contestó:

—Dice usted que los escribió pensando en mí?... No lo creo... Y no quiero engañarle: no los he leído... No soy muy entendida en poesía.

—Bien. Acaso yo tampoco sea entendido... ¿Por qué no viene usted esta tarde a tomar el té conmigo? Le diré lo que significaban para mí cuando los compuse.

—No, gracias. Es de día y mi

imaginación está muy clara. No, Larry. Tengo un esposo que trabaja y me quiere; aunque no más que yo le quiero a él... No, no estoy enojada... Gracias... Adiós.

—¿Quién era? — preguntó Amy. — El ruisenor?

—Sí. He logrado, por fin, saber por qué se me acercó aquella noche. Me ha dicho que soy la mujer a quien dedicó sus versos.

—Eso debía habersele ocurrido antes.

—Y me ha invitado al té en su casa.

—Ya sabía yo que lo inmediato sería un té. Y tú pareces estar encantada con la invitación.

—Justo... Y tanto que no pienso ir.

—¿Que no vas? Eso es absurdo.

Y Amy recogió de sobre la mesa un estuche que contenía un reloj de pulsera, examinándolo.

—Es que Chester ha ido a ver al joyero?

—No — le respondió Amy moviendo la cabeza. — Es para ti.

Era para ella. Mejor dicho, para su esposo. La Compañía de Ferrocarriles se lo remitía a éste porque había sido encontrado en el departamento reservado en el que había hecho el viaje a Boston. Y era un reloj de pulsera de señora que llevaba grabada en el respaldo esta dedicatoria: «De John a Nancy».

Ya se explicaba Evelyn aquél precipitado viaje de su esposo y lo mucho que duraba. Aquella aventurera llamada Nancy Harrison, bien conocida en Nueva York por su desenfado, mientras Prentice se ocupaba en su defensa, lo había seducido y, una vez absueltos, se habían ido los dos a Boston.

Y Evelyn sintió la mordedura de los celos y germinó en su mente la idea de la revancha.

Indudablemente, el sinvergüenza de Kennard tenía suerte.

LA HORRIBLE TRAGEDIA

Evelyn dudaba. ¡Era tan atractivo Larry!... ¿Y no merecía su esposo un castigo? Pero sus dudas no duraron mucho, coincidiendo su resolución con el regreso de su esposo.

Así es que le confió a su amiga Amy:

—Vengo de dar un paseo... Me he dicho varias veces que puedo ser dichosa... y logré convencerme. Lo de mi esposo con la Harrison no tiene importancia. Esa lagartona lo sedujo. Yo sé muy bien que él me quiere a mí y yo lo quiero a él. Y además nos enlaza indestructiblemente el cariño de nuestra hijita. Estoy casada con el hombre más bueno del mundo... Por tanto... cada vez que

me oigas quejarme injustamente, recuérdamelo.

—Tu esposo debió llegar anoche.

—Ha llegado hoy. Se cambió de ropa y corrió a la oficina, y ni siquiera le he visto.

—Eso es como estar casada con el sereno.

—Sí, ya lo sé... «Lo siento, pero no puedo acudir a comer... Estoy loco con este asunto... Tengo que tomar un tren»... Todas las excusas... Pero éste es su hogar... Y, sin embargo, yo sé que él me quiere y que yo le quiero a él.

—¡Es!... ¿Has estado leyendo Romeo y Julieta?

—No. Es que la invitación del

poeta ha tenido un efecto contraproducente.

—Ya lo veo. Déjame que siga sentada aquí a ver si logro que me contagie tu lirismo.

Sin embargo, aquella tarde Evelyn fué a casa de Larry.

—Iba con deseos impuros?... ¿Quién sabe? Ella fué con el propósito de liquidar de una vez su situación con él. Pero es muy difícil bucear en los misterios de la subconsciencia.

Creyendo que era una persona decente y un idealista todo lleno de poesía, le habló con franqueza. Le contó la aventura de su esposo con Nancy Harrison y le confió que, arrastrada por el despecho, estuvo a punto de entregársele. Si el poeta hubiese sido un hombre realmente hábil, ella hubiera caído entre sus brazos en aquella ocasión. Ella lo comprendía y experimentaba con voluptuosidad la sensación del peligro. Pero Kennard no era más que un vulgar sinvergüenza, y así se libró Evelyn de aquel peligro supremo.

Terminaron su conversación con estas palabras:

—Teníamos que llegar a esta conclusión—dijo ella.

—¿Cuál?

—Que tenías la intención de burlarte de él.

—¿De quién?

—De mi esposo.

—¿Y a santo de qué continúas aún hablando de tu esposo?

—Es natural que aun piense en él. No, Larry, es inútil.

—¿Es inútil?

—No insistas.

—¿Qué es lo que te propones? ¿Te repugna la idea de engañarle? Antes te engaño él a ti.

—Es diferente.

—No sé por qué.

—Te doy las gracias, Larry. Si no hubieras hablado como lo has hecho... En fin, agradezco tu franqueza.

—Tonterías.

—No lo creas... Ahora he visto claro... por suerte.

—No creas que esto acaba tan fácilmente.

—No lo dudes, Larry.

—Ya volverás.

—No, Larry... Antes he estado a punto de perder la cabeza. Estaba muy ofendida. No creas que trato de excusar mi proceder. Aparte de que no se trata sólo de mi marido.

—¿No te acuerdas de todo eso quizás un poco tarde?

—Quizás, es cierto. Estoy avergonzada, humillada, Larry. Adiós.

—No seas tonta. Ya te he dicho que no te será fácil dejarme.

—Es lástima que te pongas en esa actitud tan desagradable como innecesaria... ¿Por qué no decirnos adiós como amigos?

—Es que ya es inútil quequieras decir adiós.

—Yo no sé lo que tú dirás. Yo te lo digo ahora y para siempre.

Y se marchó, pensando en el camino el terrible peligro que había corrido y del que se había librado al habérselé revelado Kennard en toda la vil fealdad de su carácter, como un rufián que trata de imponer su amor por la fuerza con la amenaza y la violencia. Aquel hombre de quien casi había llegado a enamorarse creyéndolo un poeta soñador e idealista. Y se acordaba, por el camino, de su hijita, santuario de sus adoraciones, pensando en que, por aquel truhán había estado a punto de perderse y de perderla.

Llegó a su casa, cogió a su Dorothea y la apretó entre sus brazos con verdadero frenesi, como si acabase de reconquistarla. La niña le imploraba:

—¡Oh, mamá! ¡Oh, mamá, no me aprietas tanto, mamaita!... ¡Déjame, que tengo que estudiar mi lección de piano!

—No pienses en el piano. No pienses ahora en nada.

Y se la comía a besos, se har-

taba de acariciarla, gozando la chiquilla lo indecible y sintiendo la madre su pecho inundado por la más dulce emoción.

**

Se encontraba Prentice en su despacho dictándole a su secretaria una carta, cuando se presentó Amy diciéndole:

—Quisiera que tuvieras un momento para hablar conmigo... Es en serio.

El abogado hizo un gesto de admiración y contestó:

—Ya oye usted lo que dice, Miss Mead. Es en serio. A ver en qué clase de enredo te has metido.

Y en cuanto se marchó la secretaria, Amy le presentó a su amigo el reloj de pulsera de Nancy Harrison.

—En dónde lo has encontrado?

—Fu... Fué Evelyn... Ella me encargó que lo llevase a casa de Nancy Harrison. Pero yo he creído conveniente advertirte... y aquí estoy.

—¿Qué quiere decir esto?

—Lee la carta. Lo remite la Compañía del Ferrocarril por ha-

berlo encontrado en tu departamento.

Y, dándole la vuelta al reloj, Amy leyó la dedicatoria:

«A Nancy, John.»

—Sigo sin entender.

—Yo sólo he querido advertirte para que lleves pensado lo que has de decirle a Evelyn... Conmigo no tienes que preocuparte de disimular...

—No tengo por qué disimular con nadie.

—¿No negarás que Nancy iba en ese tren?

—Sí, es verdad. Pero viajaba en un departamento distinto. Yo le dije que dejara de entremezclarle en mi vida. Se puso iracunda, furiosa... Amy, este reloj no se le olvidó a nadie en mi departamento. Lo pusieron allí con toda intención. Y hasta me figuro por qué.

—¡Qué señora tan delicada que pone una bomba en un hogar dichoso! ¿Eh?

—Daria la mano derecha por que esto no hubiera ocurrido.

—Estás tan amilanado como ella, John.

—Más que ella, porque ella no tiene la culpa, y yo sí.

—Y quién te manda meterte en líos con una persona de esa clase?

—La vanidad. Alguien que te dice que eres un ser extraordinario. ¿Crees que me perdonará Evelyn?

—Yo no sé, John. ¿Cómo puedo yo saber?

Y el abogado telefoneó a su secretaria:

—Suspenda usted todas las audiencias que hay para esta tarde. Y oiga. Avise al senador Drake para que no venga.

Y se marchó hacia su casa, diciéndole antes a Amy:

—Me quedo con el reloj. Quiero dejar las cosas en su punto.

—Pero no me comprometas.
—Descuida.

Suspendió todas las audiencias, aún la del senador Drake, se desentendió de todo y corrió hacia su casa presa de honda preocupación.

Su talento de abogado le permitía hacerse perfectamente cargo de todas las cosas y las circunstancias y encontrar siempre el mejor camino a seguir.

El conocía a Evelyn—era tan buena!—y sabía que jamás le hablaría de aquello, que disimularía el saberlo, pero, como la quería tanto, le apenaban los sufrimientos que ella experimentaría, y se creía en el deber de mitigar-

los concediéndole una compensación.

Y la mejor compensación sabía él cuál era: lo que más ardientemente deseaba Evelyn, que era reintegrársele él, sacrificarle a ella sus ocupaciones, olvidarlo todo por ella.

El mismo lo deseaba vivamente también... ¿Por qué no complacerla? Mandaría a paseo su bufete, buscaría un substituto, y que se fastidiaran todos sus clientes. No era él el único abogado en la tierra.

**

Llegó a su casa y se encontró a su mujer y a su hija vestidas con pijamas, tendidas en el suelo y haciendo gimnasia.

—¿Qué le pasa a esa pierna que no se levanta? — preguntaba la madre.

—Está cansada, mamá.

—¡Pobre viejecita! Si fueras un pimpollo como tu mamá... Ea, arriba con ella.

Y entró John preguntando:

—¿Cómo están las dos mujercitas esta mañana?

—Hola, papá.

—Hola, rica. ¿Hay sitio para mí?

—Claro que sí.

—Bien, pues allá voy—contestó tendiéndose a su vez en el suelo junto a su hija—. ¿Dónde estamos?

—Pues aquí. ¿No lo ves?—contestó burlona Evelyn.

—Listo.

Y comenzaron a mover los brazos mientras ella cantaba:

—Uno, dos, tres, cuatro.

Luego se trataba de tocarse repetidas veces los dedos de los pies con los de las manos, y Prentice le advertía a la niña:

—Nodobles las rodillas. Tenlas bien estiradas. Más, más aún. ¿Dónde está la otra pierna? ¿No tienes más que una? ¿Te has quedado coja? Bien. He llegado al final del ejercicio. ¿Ciento?

—Aún queda algo.

Y continuaron mientras Prentice preguntaba:

—Anoche, cuando llegué, ¿estabas ya dormida?

—Sí. Me acosté temprano.

—¿Trabajaste mucho?

—Nena, no es así.

—¿Hiciste algo extraordinario?

—No, nada. Dorotea, estira bien las rodillas.

—Es que duelen.

—Ya lo sé. Eso es bueno.

—Sí, es cierto que duele aquí abajo. ¿No es así, nena?

—Sí, papá.

—Pero es bueno.

—¿Qué, el dolor?

—No, el ejercicio. Y también el dolor... Claro que depende de lo que uno haya hecho.

—Este ejercicio es excelente para el estómago.

—Entonces no sé para qué tengo yo que hacerlo, porque yo no tengo el estómago tan abultado como el tuyo.

—Me has ofendido en mi apolinea vanidad. ¿Así educas a tu hija, Evelyn, que no tiene ningún respeto a la pureza de la línea de su padre? Ved: mi estómago está plano como una torta.

—Como una torta hecha con exceso de masa. Bien, ahora vamos con los brazos.

Y mientras hacían el ejercicio de brazos, John Prentice preguntó:

—¡Evelyn!

—¿Qué?

—¿No te gustaría hacer este ejercicio en un viaje por Europa?

—¿Todos juntos?

—¿Y yo también? — preguntó la niña.

—Ni que decir tiene... ¿Te gustaría?

—¿Lo dices en serio?

—En toda mi vida he hablado con tanta seriedad.

—Aun no hemos hecho el ejercicio de la bicicleta—interrumpió la niña.

—Tienes razón. Aun no lo hemos hecho, y tenemos que hacerlo, porque da la casualidad de que en Europa hay infinidad de bicicletas. ¿Qué dices a eso?

—Que iré encantada. Muy bien, vamos arriba. Piernas arriba todo el mundo. Se va a dar la salida. En marcha. Nueva York, Londres, París, Viena. Nueva York, Londres, París, Viena...

Y agitando las piernas en el aire como quien pedalea, cada vez más aprisa, hicieron las delicias de la nena, que se reía a carcajadas.

**

La prensa dió la noticia del proyectado viaje, y por ella se enteró el canalla de Kennard.

Se puso al teléfono y llamó a casa de Evelyn, diciendo:

—Oiga. Desearía hablar con la señora Prentice. Aquí el despacho de su esposo... ¿Eres tú, Evelyn?... Yo soy Larry... Si, si, ya

lo sé, pero recurrió a ese ardid para que acudieras al teléfono. Sí, he recibido tu carta en la que me pides te devuelva las que me has escrito, pero no te he llamado sólo por eso. Ya sé que sales para Europa... Pues te aconsejo, Evelyn, que antes de tomar el barco... vengas a casa a hablar conmigo... No: cuando estés aquí te diré el objeto de la entrevista... Eso es lo más cuerdo... Bueno, adiós.

En cuanto llegó Evelyn a casa de Kennard, éste arrojó la careta y, con el mayor cinismo, planteó así la cuestión. El pedía quince mil dólares por las cartas, o las entregaba al marido.

—Esta es—dijo—una situación de lo más vulgar que se conoce. Un matrimonio cuyos caracteres no concuerdan... El es indolente... Y ella se siente defraudada... Entonces busca la aventura... y al fin la encuentra... Imprudentemente escribe varias cartas... Se arrepiente, el matrimonio hace las paces y deciden hacer un viaje a Europa, y la esposa considera terminada la aventura.

—Pero esas cartas son tan inocentes que no me comprometen en absoluto.

—¿Entonces, por qué estás aquí?

—Porque nada hay seguro con un hombre como tú.

—Esta es la observación más sensata que te he oído hasta ahora.

—¿Quieres decir, en fin, que si no te entrego quince mil dólares, le entregarás las cartas a mi esposo?

—Exacto.

—Puedes hacer lo que quieras.

—Aguarda un momento... Un momento todavía... Te voy a leer una de ellas... La que escribiste después de...

Y abrió el cajón, sacando de él las tres cartas, apareciendo bajo ellas una pistola, desplegó una y añadió:

—Aquí las tienes: una, dos y tres. A cinco mil dólares cada una. Son baratas... Si no se tratase de ti, exigiría más.

Y leyó:

«Querido Larry: Por favor te pido que no intentes que vuelva a tu casa... y te ruego que tengas la delicadeza de que lo ocurrido ayer entre nosotros quede como si nunca hubiera pasado.»

—Te consta lo que quise decir —dijo Evelyn.

—No se trata ahora de mí, si no de lo que puedan pensar los demás.

Y continuó leyendo:



—Excelente idea...
Pero uno nada más...



—Empiezo a estar
preocupada...



— Ya sé que siempre
eres buena...



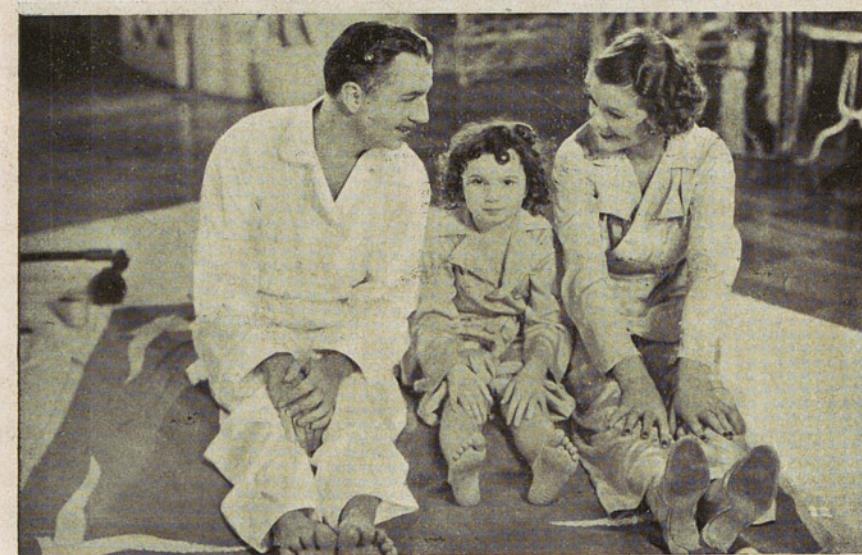
— El matrimonio te ha
cambiado el carácter.



— Yo sé un cuento
de una gardenia...



— ¿No tardarás
mucho, verdad?



- ¿Todos juntos?



- Se titulaba Sonetos
de Aurora.



- No, no salió.



- ¿Dice usted que los
escribió pensando
en mí?



- ¿Y si la defen-
diese tú?



Y Evelyn sintió la
mordedura de
los celos...



En el piso había
manchas de
sangre...



- ¿En dónde lo
has encontrado?



— Veamos, pues, el grupo de bronce...



¿Hay algo en el mundo que yo no hiciera para vosotras dos?...

«Y no sabes cuánto lamento haber ido a tus habitaciones.»

— ¿Eh, qué tal? ¿Producirá efecto?

Y ella vió la pistola, la sacó del cajón con disimulo, la empuñó y encañonó el pecho del poeta diciéndole amenazadora:

— Larry, dame esas cartas... Dame esas cartas o disparo...

Y él, cobarde, se las entregó con excusas:

— Tómálas — le dijo —. Nunca pensé negártelas... He querido sólo darte una lección para que otra vez seas más discreta. Ya sabes el dicho popular: sólo los necios y las mujeres escriben cartas.

Después todo pasó rápidamente como en una pesadilla. Al ir Evelyn a retirarse con su presa, creyendo él poder aprovechar un momento de descuido, se precipitó sobre ella, que casi cayó al suelo, partiéndose el labio. Y el arma se le disparó, cayendo Larry como fulminado. Evelyn, espartada y confusa, al oír pasos en la cocina, salió huyendo precipitadamente por la otra puerta y por la escalera... tras de arrojar la pistola sobre un mueble, y llegó a su casa consternada sin que, al parecer, nadie hubiese reparado en ella.

LA DEFENSA DE JUDITH

Aquella noche, tras de leer la prensa y enterarse de que otra mujer había sido sorprendida pistola en mano junto al cadáver, y que seguramente sería condenada, todo era en el ánimo de Evelyn turbación y desconcierto. Su conciencia jamás le permitiría que consintiese que condenasen a una inocente siendo ella la homicida.

Llegó su marido bromeando al enseñarle los retratos obtenidos.

—¿Quieres explicarme — le dijo — por qué los retratos para los pasaportes parecen siempre arrancados de un fichero policiaco?... ¿Pero qué te pasa? ¿Es que no te encuentras bien?

—Un poco de jaqueca.

—¡Cuánto lo siento!... ¿Cómo

te hiciste ese corte en el labio?

—Fué... un golpe que me di con la portezuela del auto al querer cerrarla.

—¡Vaya por Dios, mujer! Entró Amy preguntando:

—Evelyn. ¿Te has enterado de... Pero, viendo a John, se detuvo, saludándolo.

—Voy—dijo éste— a traerte un cocktail. Eso seguramente te aliviará. ¿Te traigo a ti otro, Amy?

—Otro?... Tráete la cotelera.

En cuanto salió el abogado, le preguntó Amy a Evelyn:

—¿Te has enterado de lo de Lawrence Kennard?

—No... ¿El qué?

—Que lo han asesinado. Una mujer le dió un tiro esta tarde.

—¿Asesinado?

LA TELA DE ARANA

—La encontraron de pie junto al cadáver con una pistola en la mano. Imagínate la sorpresa que experimenté al enterarme. Trae el periódico su retrato y es bastante guapa.

—¿Cómo se llama?

—Williams o algo parecido. Le oíste hablar de ella?

—No, no es ese su nombre.

—Entonces cuál es?

—Judith Wilson.

Entretanto, al entrar John en la cocina para encargar el cocktail, encontró en ella al chófer, Carlos, hablando con el ayuda de cámara, y le dijo:

—Carlos, es preciso que tenga más cuidado cuando ayude a la señora a subir al auto. ¿Qué ha pasado esta tarde para que se corte el labio?

—No lo sé, señor. Hoy no he llevado a la señora en el coche.

—¿Lo sacó ella sola?

—Tampoco, señor. El coche ha estado en el garaje todo el día.

Y entretanto seguían hablando las dos amigas y, notando Amy que Evelyn desvariaba, le preguntó:

—¿Pero qué es lo que te pasa esta noche?

Y su amiga, con voz trágica, confesó:

—Amy: yo soy la mujer que ha matado a Kennard.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca? Eso es imposible.

—Esta tarde he estado en su casa. Me golpeó y yo disparé sobre él. Yo he sido, Amy.

—Aqui está el doctor y aquí está la medicina—dijo el esposo entrando con el cocktail—. Esto lo cura todo. Tu cocktail vendrá en seguida... Ah, oye una cosa. He estado casi a punto de despedir al chófer hace un momento con motivo de tu herida en el labio, pero me dijo que hoy no salió contigo.

—No, no salió.

—Y tú tampoco sacaste el coche...

Y Amy, lista como una ardilla, saltó:

—Es que fuimos en un taxi.

—¿Ibais juntas?

—Sí, juntas.

—¿Y fué culpa del chófer?

—No, él no hizo nada. Se hirió ella sola.

—¡Qué mala sombra! ¿Bajamos al comedor?

—Sí, en seguida.

—¿Qué es esto? ¿Un concierto nocturno?

Su hijita estaba tocando el piano y cantando, y él se puso a su lado a acompañarla... Entretanto, Evelyn le decía a Amy:

—Se lo contaré todo... No puedo permitir...

—¿Pero te has vuelto loca?

—No lo sé, no lo sé.

Entretanto, en la cocina, Alberto, el ayudante de cámara y Carlos, el chófer, estaban comentando la noticia del día, el asesinato de Kennard.

Carlos, con un periódico desplegado sobre la mesa, decía:

—Ahora fíjate en este plano. ¿Quién puede impedir que alguien salga por una de estas puertas mientras alguien llega por una de las otras?

—Bueno, pero el motivo... ¿En dónde está el motivo?

—Cuando una mujer quiere matar a un hombre no necesita motivos.

—¿Y qué tiene eso que ver con los cocktails? — preguntó entrando el abogado.

—Dispense usted, señor. En seguida estarán. Comentábamos el crimen de Judith Wilson, lo mismo que todo el mundo—dijo Alberto.

—¿Crees tú que fué ella?

—No estoy muy seguro.

—¿Por qué?

—No tiene el sello de esas gentes.

Y Carlos intervino:

—No se arregla apenas para

retratarse, Mr. Prentice... Se deja fotografiar de cualquier modo... El pelo en desorden... Sin maquillarse...

—¿Y si fuera estudiado?

—Pues demostraría no ser tonta, porque así se ha conquistado las simpatías del público... Apareciendo bonita, candida y con una expresión de ángel.

—Esa es una observación muy aguda, Alberto.

—Consecuencia de haber servido en su casa, señor. Ojalá fuese usted el encargado de su defensa.

—Alberto: menos lisonjas y más cocktails.

**

Cuando salió de la cocina, le dijo el abogado a su esposa:

—Me temo que vamos a necesitar mucha paciencia.

—¿Qué ocurre?

—Que se está viendo el proceso Wilson en la cocina. Es uno de esos casos que apasionan extraordinariamente a la gente.

—¿Crees tú que la condenarán?

—No lo sé. Las circunstancias le perjudican mucho. Además el

fiscal Farley aspira a la reelección... y se muestra implacable con todo el que cae en sus redes... No cabe duda de que habrá de aprovechar toda su astucia para condenarla... Así él acumulará muchos más votos... y ella veinte años de cárcel.

Llegó Dorotea muy compungida diciendo:

—Papá... me ha pasado una cosa terrible... terrible... terrible.

—Veamos qué cosa es ésa tres veces terrible, chiquilla.

—¿Te acuerdas de aquel florero... aquel que era tan bonito... y que a mamaíta le gustaba tanto?

—Sí.

—Lo he convertido en dos.

—Bah... No te aflijas... ¿Crees tú también que eso es una cosa tres veces terrible, Evelyn? Por suerte está aquí don Pégalo Todo. Ven conmigo, Dorotea. Ahora vamos a hacer que los dos floreros vuelvan a ser uno... Vas a verlo... Se le pone un poco de cola... Una cola que pegue bien... Se cubren los bordes... Ahora, con gran cuidado, se unen las piezas... Y ya está... Compuesto... La cosa no era tan seria... ¿No opina así la mamaíta?

—Tu papá y yo estábamos ha-

blando ahora de otra niña a la que le ocurre una cosa muy mala.

—¿Y por qué no se la arregla su papá?

—Porque no tiene papá.

—Entonces que le ayude el mío.

—Sí, nenita. Si quisiera...

—¿Por qué no lo haces, di?

—Verás... Pues porque vamos a meternos en un barco muy grandote en el que cruzaremos los tres juntitos Europa, Asia y Oceanía.

—¿Y es indispensable salir?

—¿Es que tú no quieres?

—¡Oh! No lo sé. La maestra dice que siente que yo tenga que irme ahora de aquí, porque soy de las niñas más adelantadas de la escuela.

—John, en realidad no deberíamos sacar a la niña del colegio. Y no podemos pensar en irnos sin ella. ¿Qué crees?

—Claro está que no.

—Di: ¿me juzgarás loca si te pido que desistamos del viaje?

—¿Y a qué viene ese cambio brusco de opinión?

—No, no... Hace tiempo que lo vengo pensando.

Se marchó la niña y Evelyn preguntó:

—John, ¿quién la defenderá?

—No sé. Es lo más probable

que el tribunal designe un abogado de oficio cargado de trabajo, para que Farley se divierta con él.

—Eso es terrible.

—No es justo, no.

—¿Y si la defendieras tú?

—¿Quién, yo?... Di, ¿qué clase de interés te guía en este caso?

—Ninguno... Es que yo creo que ella merece un defensor inteligente.

—Muchas gracias. Es una lisonja muy delicada. Pero, aunque nos quedáramos aquí, sería más que probable que yo estuviera agobiado de trabajo en mi despacho...

—Bien... ¿Pero, al menos, no podrías hablar con ella?

—Sí; eso sí lo haré, si túquieres.

—Te lo ruego.

—Bien. Lo haré. Iré a verla mañana sin falta.

—Te lo agradezco, John.

—¿Por qué? ¿Hay algo en el mundo que yo no hiciera por vosotras dos?

**

Al día siguiente se presentaron en la celda de Judith Wilson, el abogado de oficio y John Prentice.

—Buenos días.

—Buenos días. Miss Wilson. Le presento a Mr. John Prentice. ¿No oyó nunca hablar de él?

—Sí, con gran frecuencia.

—Mr. Prentice se ha sentido interesado en su caso.

—¿No es usted quien se ha de cuidar de mi defensa?

—Yo soy solamente el abogado de oficio nombrado por la sala. Mr. Prentice, estaré en mi despacho por si necesita decirme algo.

—Gracias — le contestó Prentice estrechando su mano al marcharse el otro abogado de la celda—. Ahora examinaremos el caso desde su principio, Miss Wilson.

—Pero yo no podré pagarle.

—No se apure por eso. Siéntese.

Y Judith contestó a las sagaces preguntas del abogado y le informó de cuanto había ocurrido, terminando:

—Esto es todo lo que recuerdo... Después de ocurrido lo que le he dicho, me encontré en un cuarto con mucha luz que me cegaba la vista... con unos hombres que me gritaban... y decían que había asesinado a Larry... y que tenía que confesarlo. Pero no lo maté, Mr. Prentice.

—¿Le amenazó usted alguna vez?

—Sí, señor. Eso sí.

—¿Por qué?

—Tenía celos. Pero yo no lo maté, Mr. Prentice.

—¿Quién era la otra mujer?

—No logré que me dijera su nombre nunca. Sólo le oí decir que era la esposa de un hombre de gran prestigio social.

—¿Y nunca supo quién era?

—No, señor.

—Bien. Es bastante por ahora. Ya sabrá usted de mí más tarde. Y... no se apure.

Salió de la celda y se encontró a su fiel pasante Delaney que le estaba esperando.

—¡Jefe!

—Quiero que lleves a Clark y Thompson esta noche a mi casa a las ocho.

—Irán.

—Y procúrate un mandato judicial para examinar el piso donde se cometió el crimen... Es en la Avenida Greenwich, núm. 78... Y espérame allí a las cuatro.

—Bien... ¿Va usted a defendérla?

—Sí. Dame un fósforo.

Por la tarde examinó el abogado cuidadosamente el local, y por la noche recibió a las ocho a Clark y a Thompson, los dos há-

biles detectives de que acostumbraba a servirse para sus investigaciones.

Estaba sentado al lado de Evelyn cuando entraron saludando:

—Buenas noches, jefe — dijo Clark.

—¿Cómo siguen ustedes? — preguntó Thompson.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, señora Prentice.

—Buenas noches.

—Delaney llegará en seguida. Siéntense ustedes.

—Ya ha salido usted en los titulares de los periódicos de la noche, Mr. Prentice.

—Sí: he leído uno de ellos.

—Apuesto a que Farley los ha leído todos. ¿Le ganaremos la partida.

—Pat: no sería muy extraño ganársela. Pero es un asunto más difícil de lo que parece. Hay otra mujer enredada en ello... Una mujer lo suficientemente astuta para haber matado a Kennard en su propio cuarto y con su misma pistola sin que nada la acuse, sin dejar ninguna huella. Hay que encontrar a esa mujer.

—¿Y no le ha dado ningún detalle la Wilson sobre esa mujer?

—Casi ninguno. Todo lo que sabe es que se trata de la esposa

de un hombre de gran categoría social.

—Tiene todo el aspecto de un chantage.

—Esa es mi opinión. Tengo ya datos y antecedentes de Kennard. Segundo parece, era uno de esos hombres que no tienen escrúpulos en dejar que las mujeres les ayuden de vez en cuando financieramente. Supongamos que un hombre así logra interesar a la esposa de un hombre respetable... y llegaremos a la conclusión de que para esa mujer... el tal Kennard debía ser como un círculo de fuego.

—¿En el piso había manchas de sangre?

—Sí; había una gran mancha de sangre en la alfombra del cuarto donde Kennard cayó muerto, pero en el recibidor... que comunica con la sala donde se cometió el crimen... había unas gotitas de sangre que continuaban por toda

la escalera. Hay que suponer que esa sangre no era de Kennard.

—¿Quiere eso decir que alguien que estaba herido salió del piso?

—Eso es. Y como, aparte de la homicida, no se empleó ningún arma... la lesión fué probablemente causada por un puñetazo.

—¿Hemorragia nasal?

—O un corte en la boca?

—Sí. Y la cara de la Wilson no presenta absolutamente ninguna herida.

—¿Por qué no examinar las manos del muerto por si tienen huellas de mordiscos?

—Ya lo había pensado. El entierro fué ayer, pero obtendremos un mandamiento para exhumar el cadáver.

—Supongamos que la autoridad se opone a ello...

—Entonces lo haremos sin mandato judicial.

El criado anunció la llegada de Delaney.

PREPARANDO LA PRUEBA

Hay que hacerse cargo del estado de ánimo de la pobre Evelyn. Ella deseaba por encima de todo la salvación de Judith, interesándose vivamente en las averiguaciones de su esposo, pero su sobresalto era muy grande al ver cómo éste sacaba de los menores indicios la verdad. Y pronto culminaría dicho sobresalto con la llegada de Delaney.

—Buenas noches, jefe—dijo éste al entrar—. ¿Cómo está usted, señora Prentice?... Hola Mac, Pat.

—Dinos lo que hay—le apremió el abogado.

—Todo ha salido a pedir de boca. Traigo conmigo a la portera del 81 de la Avenida Greenwich. El 81 está enfrente del 78. Ella es-

taba frente a la casa a las cinco de la tarde del día del crimen, y vió al muchacho de la tienda entrar en el 78. Pero unos minutos antes de entrar el chico, vió a una mujer bien vestida que salía de la casa... y que iba con un pañuelo apretado en la cara... y asegura que puede reconocer positivamente a esa mujer.

—Comenzamos con suerte.

—Os dejaré hablar a solas, John — dijo Evelyn asustadísima.

—No, quédate. Será interesante lo que esa mujer nos refiera. Dile que pase, Delaney.

—Pase usted, señora Blake... La señora Blake... El señor Prentice.

—¿Cómo está usted, señor Prentice?

—Tanto gusto, señora Blake... Le presento a Mr. Thompson y a Mr. Clak, mis dos auxiliares.

—Tengo un gran placer, señores.

—Esta señora es mi esposa.

—¿Cómo está usted, señora?

—Señora Blake...

—Tiene usted una cara muy bonita.

—Oh, gracias. ¿No quiere sentarse?

—Muchas gracias. Estoy de pie todo el dia... Y a veces también la mitad de la noche, si Jerry llega a casa con una turca... Jerry es mi marido.

—No se ocupe de Jerry ni de sus turcas — le atajó Delaney—. Usted me dijo que podía reconocer positivamente a la mujer que salió de la casa el día del crimen. Repítalo usted.

—Diga — intervino Prentice—. ¿Recuerda usted su fisonomía?

—Oh, sí. Pero es muy difícil hacer su definición, porque se la tapaba con el pañuelo. No obstante, yo la reconocería sin duda alguna.

—¿Era de estatura alta o baja?

—Pues verá usted... Tenía una estatura así como... En fin, que no puede decirse que fuera alta, pero baja tampoco.

—No podría usted precisar un

poco más? Es un detalle muy importante.

—Bien. Si me viera obligada a jurar, yo juraría que era una mujer más bien alta. Aunque puede ser que fuera el sombrero el que la hiciera parecerlo.

—¿Mediría próximamente un metro y medio?

—Yo no sé, señor. Yo no entiendo mucho de números.

—Evelyn.

—¿Qué?

—¿Quieres hacerme el favor de ponerte en pie?

Con suprema angustia se incorporó la joven.

—Veamos. ¿Era una mujer tan alta como mi esposa?

—De una estatura así, aproximadamente... Quizás un poco menos alta.

—Bien, gracias, Evelyn. ¿Tenía los cabellos rubios o negros?

—Era difícil de apreciar estando a esa distancia. No obstante, yo aseguraría que era morena... Algo así como su esposa.

—¿Cómo iba vestida?

—Elegantísima. Iba hecha un brazo de mar, como decía mi difunta madre.

—¿Y el vestido era claro u oscuro?

—Yo creo que era, más bien, oscuro. Marrón con pieles.

—¿De piel el cuello?

—Oh, no. Nada en el cuello. Sólo en las mangas.

—Hay centenares así. Mi señora tiene uno.

—Lo tenía — saltó ella —. Se lo regalé a la misión hace dos semanas... De la piel no quedaba ya nada.

—Claro, de eso entendemos las mujeres. Las mangas de pieles vienen a ser un nido de polillas.

—Y en el sombrero, se fijó?

—Sí. Era uno de esos gorritos tan pequeños... que parece que se van a extraviar entre el pelo. Y era de color marrón.

—¿Y cómo es que no ha declarado usted nada a la autoridad sobre esa mujer?

—Se me fué de la imaginación completamente cuando supe que la Wilson había sido detenida. Exactamente como si no hubiera ocurrido, hasta que el señor me interrogó: «¿Se fijó usted si salió alguna mujer de la casa de enfrente el día del delito?» Y, claro, entonces me acordé de la mujer del pañuelo en la cara.

—Bien. Le agradeceré a usted muchísimo que no le diga a nadie que ha estado aquí a verme esta noche.

—Soy un arca cerrada.

—Bueno.

—¿Cuánto me vale esto?

—Yo no le he prometido a usted absolutamente nada. No obstante, se le pagará bien la molestia.

—Ya, ya comprendo. Si me necesita usted otra vez, yo estoy siempre en la portería.

—Gracias. Pase usted por mi despacho mañana a primera hora.

—Descuide, que no faltaré.

—El señor Delaney irá a buscarla a las diez en punto.

—Lo que ocurrirá es que voy a andar en lenguas de la gente chismosa cuando se den cuenta de que entran hombres en casa mientras Jerry está en el trabajo. Y es el colmo que me calumnien con un hombre tan feo.

—Evelyn: ¿quieres acompañarla hasta la puerta?

Cuando llegaron a la puerta, Evelyn la despidió:

—Buenas noches y gracias, señora Blake.

—¿Gracias de qué, señora Prentice? ¿Puedo decirle, ahora que no nos oye nadie, una cosa que le ha de hacer mucha gracia?

—Diga. ¿Qué es ello?

—Cuando, al llegar, la vi en ese salón y me dirigi hacia usted, hubiera jurado, sin miedo a condenarme, que era usted la mujer a quien vi salir del número 78 de

la Avenida Greenwich. Ah, pero fué sólo por unos segundos, claro. Pero se parecía muchísimo a usted, se lo aseguro. Después me he fijado bien y he visto que estaba muy lejos de ser tan bonita, señora Prentice.

—Gracias.

—Lo que demuestra con qué facilidad puede una equivocarse en estas cosas. ¿No lo cree usted así? Y ahora qué cuesta arriba va a hacérseme volver a una casa como la mía... después de ver todo este lujo...

—Adiós, señora Blake.

—Buenas noches. Si alguna vez se le ocurre pasar por el 81, entre a verme sin recelos. Le daré un traguito. Adiós.

**

El abogado estuvo a ver a Judith Wilson acompañado por Delaney y le preguntó:

—¿Ha visto usted alguna vez esta llave?

—No, señor.

—¿Está usted segura?

—Sí, señor.

—Fueron encontradas cuatro llaves en los bolsillos de Kennard

cuando se examinó el cadáver. Tres sabemos de dónde son, pero de esta otra no sabemos a qué cerradura pertenece.

—Suponemos — dijo Delaney — que sea de alguna cajita de caudales. ¿Vió usted alguna en la casa?

—No, señor.

—¿En dónde guardaba él sus papeles?

—En el cajón de la mesa. Allí encontré una vez su diario.

—¿Su diario?

—Sí, señor.

—¿Cuándo fué eso?

—Hace unos ocho meses.

—¿Leyó usted algo de él?

—No, no tuve tiempo de leer nada. Estaba yo abriendo cuando Larry entró en la habitación y me lo arrancó de las manos. Por esa causa tuvimos un altercado.

—¿Y antes no lo había visto?

—Nunca.

—¿Ni lo volvió usted a ver?

—No, señor. Larry me dijo que lo había roto.

—¿Por qué no me lo habrá usted dicho antes?

—Lo siento mucho. No había caído en ello.

—Oye, Delaney. Llégate en seguida a casa de Robinson para que nos haga unas ampliaciones

de las fotografías del cuarto de Kennard. Anda.

—Eh, muchacha. ¿Quieres abrirme la jaula?

—Y dile que las quiero muy grandes. Lo bastante para que se destaque los menores detalles del mobiliario.

Al día siguiente se encontraba Prentice con sus ayudantes, rodeado de enormes ampliaciones, examinándolas con lupa. Se trataba de encontrar la cerradura correspondiente a aquella llavecita. Seguramente escondería el diario del muerto, que revelaría la clave del misterio con el nombre de la verdadera homicida.

—Lo probable es — dijo el abogado — que anotase sus notas todos los días y que, por lo tanto, escondiera el cuaderno en algún sitio donde pudiera tenerlo a mano. Veamos, pues, el grupo de bronce que tenía sobre su mesa. Deseo que todos ustedes se fijen en él con verdadera atención. He dejado expresamente esto para el final porque la base de este grupo me sugiere una idea. ¿Quién se llevó el grupo?

—Fué su primo de Newark quien se lo llevó.

—Mira, Delaney. Tienes que hacerte con él sin falta. No me

importa lo que hagas con tal de que me lo traigas.

—En casa tenemos un grupito de éhos y, cuando vuelvo de juerga, mi mujer me lo tira a la cabeza. ¡Lo que les gustan a las mujeres las obras de arte!

—Entonces ya tienes una idea de lo que has de buscar. Fíjate. Examina bien el grupo a ver si encuentras una pequeña cerradura, seguramente oculta. Golpea entonces la base. Si suena a hueco y hay una cerradura, tráeme el grupo sin perder un solo instante.

—Perfectamente, descuide. . . —Y ahora a trabajar. El caso pasará al jurado dentro de 48 horas.

Faltaban sólo cuarenta y ocho horas y el abogado y sus auxiliares pusieron en juego toda la actividad y todo el entusiasmo de los momentos decisivos, mientras crecía la angustia en el corazón de la infeliz Evelyn hasta alcanzar proporciones trágicas.

Así es que, mientras Prentice se esforzaba hasta el extremo por ver

claras las cosas, los detectives investigaban incesantemente con apasionamiento y Delaney se volvía loco en busca del grupo escultórico sin poder dar con él, Evelyn devoraba el contenido de todos los periódicos.

La prensa, no sólo busca lo sensacional, sino que lo crea, abultando los más nimios detalles. Los periódicos, conociendo bien la psicología de sus lectores, habían consagrado, desde un principio, grandes espacios preferentes al proceso Judith Wilson. Y a última hora, abusaban de los comentarios más fantásticos. Pero era el caso que la pobre Evelyn deducía de sus lecturas las más pesimistas conclusiones.

Si todo Nueva York se apasionaba por aquel proceso lleno de interrogantes, calcúlese con cuánto apasionamiento leería los periódicos Evelyn, convencida de la inocencia de Judith, sabiendo que había sido ella la verdadera homicida y no consintiendo su conciencia que otra fuese condenada por ella.

Aquellas cuarenta y ocho horas que precedieron la apertura de la vista, tan llenas de animosa actividad para John Prentice y sus hombres, transcurrieron para su esposa inquietantes y atormentadoras.

¡Si su esposo pudiera conseguir que el jurado absolviese a Judith Wilson! ¡Pero era eso tan difícil!... Sólo podría lograrlo presentando ante el tribunal el nombre de la verdadera culpable, pero ese nombre únicamente ella lo sabía

Y poco a poco se fué forjando en su alma una decisión heroica. Ella no podía consentir de ningún modo que otra pagase su culpa. Se trataba de su felicidad, de su esposo, de su hija... ¡Oh, su hija adorada!... Pero todo sabría sacrificarlo al cumplimiento de un sagrado deber.

**

—Buenos días, Evelyn — dijo Amy entrando.

—Buenos días, Amy. He decidido asistir al juicio.

—¿Tendré que atarte para que no vayas?

—Lee esto. La prensa asegura que Judith será condenada.

—Ya sabes que la prensa se equivoca con frecuencia en el desenlace de las causas en las que interviene John.

—Yo no puedo fijarme de eso, Amy.

—Oye: si yo me encontrase en la situación en que tú te encuentras, pensaría sólo en Dorotea.

—Lo sé. Durante día y noche he pensado en ella. Pero debía haberlo hecho antes.

—¡Por Dios, Evelyn!

—Amy, te suplico que no insistas más en ello. Le he dado mil vueltas a mi cerebro y sólo hay en él una cosa clara: esa pobre infeliz. ¿Vendrás conmigo?

—¿Pero qué vas a conseguir con estar allí?

—Yo no puedo consentir que la condenen.

Y entretanto Delaney, a pesar de su actividad incansable y de su astucia, no había conseguido dar con el ansiado grupo escultórico de bronce, hasta aquel momento, casi transcurridas las 48 horas, cuando de un momento a otro iba a comenzar la vista que, por fin, logró encontrar el grupo en casa de un chamarilero a quien se lo había vendido el primo del muerto.

—¿Puedo servirle en algo, señor? — preguntó el tendero.

—Si: me ha llamado la atención este animal en bronce con la base de madera.

—Veo que tiene usted buen gusto, señor. Esta artística figura procede de una de las casas más

elegantes de la Quinta Avenida.

—¿Es eso cierto?

—Es legítimo bronce y la peana de teca.

—¿Seguro que es teca? — preguntó Delaney examinando cuidadosamente la peana.

—Absolutamente seguro.

—No tiene mucho peso.

—Ya sabe usted que la teca no es muy pesada. Si no fuese legítima no se lo diría, porque... dispense. ¿Es que ha encontrado usted algo extraordinario en la peana, señor?

—No; que creí que estaba un poco rota, pero no lo está.

—¡Rota! Yo no vendo cosas rotas en mi tienda, caballero. Pero diga. ¿Por qué se fija usted tanto en la peana? Ahí no está el verdadero valor. Examine la figura.

—¿Cuánto quiere usted cobrar por ella?

—Es legítimo bronce...

—¿Cuánto quiere cobrar por ella?

—Le doy mi palabra de honor de que yo he pagado por ella más de...

—Comprada.

Y, tras de pagar lo que le quiso cobrar el chamarilero, salió escapado hacia el juzgado. Había comprobado que la peana estaba hueca y había descubierto la pequeña

y diminuta cerradura. En el taxi que le conducía, introdujo en ella la llave y pudo abrir y encontrar el cuaderno con el diario de Kennard. Sin examinarlo, le dió prisa al chófer. Aun estaría hablando el

fiscal, y la revelación de aquel documento sería como una bomba en aquella causa. El pasante de Prentice se sentía feliz por haber realizado, aún a tiempo, aquel hallazgo.

EVELYN SALVADA

Acompañada de su buena amiga Amy, Evelyn asistió a la vista y entonces fué cuando culminó su angustia y su emoción.

Leyó el relator el apuntamiento y se procedió a la prueba oral, desfilando los testigos que eran interrogados por el fiscal Farley con la intención de un toro de Miura. Aquel hombre se le hacía cada vez más odioso a la pobre Evelyn, mientras veía los vanos esfuerzos de su esposo por salvar a la acusada.

Pero aun se le presentó más odioso aquel hombre cuando pronunció su discurso de acusación tan lleno de saña como de astuta malicia.

Aquel hombre obraba exclusivamente a impulsos de la ambi-

ción: quería ser reelegido en las elecciones próximas y sabía que una gran masa de votantes se entusiasmaba con su severidad, deseosos de una justicia implacable, y lo votarían unánimemente si conseguía que Judith fuera condenada.

Y Evelyn, pensando que aquel hombre no obraba a impulsos de una recta conciencia, sino movido por torpe ambición, lo odiaba en aquellos momentos hasta un punto inconcebible.

Después habló su esposo y ella se maravillaba viendo hasta qué punto había logrado adivinar la verdad. Todo lo sabía el abogado como si hubiese estado presente... Todo, menos el nombre de ella, lo esencial.

Y ella se apercibía perfectamente con inmensa angustia de que las palabras de su esposo no llevaban el convencimiento al ánimo de los jurados, porque faltaban en ellas ese punto esencial. Si él era el abogado defensor y quería demostrar la inocencia de su defendida, tenía el deber de averiguar y dar a conocer el nombre de la verdadera culpable. Ese era únicamente el argumento decisivo...

Y Delaney sin aparecer con el grupo escultórico en el que Prentice había puesto sus últimas esperanzas.

Y, tras de la defensa, rectificó el fiscal, ensañándose sin compasión, con inmensa angustia de Evelyn.

Farley, el fiscal, un hombre ya de cierta edad, de facciones duras y de hablar tajante, se ensañaba inclementemente en su acusación.

—La acusada y Kennard —decía— reñían con frecuencia... En varias ocasiones, como los testigos han declarado ante la sala, Judith Wilson, cegada por los celos, amenazó de muerte a Kennard... Al ser hallada en su piso la tarde del 9 de octubre, la acusada estaba de pie junto a su víctima, el hombre a quien había amenazado

antes, y con el arma homicida en la diestra.

«¿No es ésta una prueba concluyente?... Con todo, el abogado defensor os pidió que no hagáis caso de estas circunstancias y deis crédito a la fábula de cierta otra mujer que para nada aparece en el proceso... No había señales digitales en la manija de la puerta por donde tuvo que entrar y salir esa otra mujer; pero en cambio, sí las había en la culata de la pistola. Y esas señales eran las de Judith Wilson. Ella asesinó a Lawrence Kennard.

»Ella asesinó a Lawrence Kennard.»

—¡Por Dios! —dijo Amy a Evelyn, sentada a su lado—. Estás muy nerviosa.

«No cabe duda alguna: ella asesinó a Lawrence Kennard.»

—¿Por qué esa crueldad de repetirlo tantas veces? —murmuró Evelyn.

El fiscal continuó con la mayor energía:

—Existen ciertas leyes, señores, que han sido establecidas desde los comienzos de la civilización... En tales leyes se ampara la sociedad para la garantía de su propia existencia.

En esto llegó radiante Delaney, entregándole a Prentice el cuader-

no diario del asesinado. El abogado se apresuró a examinarlo... Y experimentó la sensación de un mazazo en la cabeza. La verdadera criminal, la mujer que había huido sangrando por el labio, era su propia esposa, su Evelyn, que le había sido infiel. Eso no le preocupaba mucho, conociendo las mañas del canalla asesinado, pero se vería precisado a denunciar a la madre de su hija. Abatió lleno de la más negra desesperación la frente entre sus manos mientras continuaba Farley:

—Desde que somos niños nos enseñan el significado del «No matarás». La ley del Estado, nuestra ley, va más lejos. «Si quitas la vida de un semejante, la justicia del Estado... a su vez... te quitará la tuya.» El Estado reclama la vida de Judith Wilson... Ella mató...

**

Y mientras el fiscal, invocando los sagrados derechos de la sociedad a defenderse, solicitaba así la pena de muerte para la infeliz Judith, se desarrollaban dos intensos procesos psicológicos en dos almas

azotadas por el huracán de la adversidad.

Por una parte, el corazón de Evelyn casi se paralizaba de emoción, dispuesta al sacrificio al ver que dicho sacrificio era la única manera de salvar a aquella inocente.

Por otra parte, saturado también el corazón de emoción, al prever los acontecimientos penosos que se avecinaban, John Prentice, hombre siempre reflexivo y dotado de poderosa inteligencia, recapacitaba.

Conocía bien a su Evelyn y estaba seguro de su cariño. Ella no había podido serle infiel. Si acaso, algún flirteo sin importancia del que aquel canalla había intentado aprovecharse para sacarle dinero. De manera que la revelación horrible encontrada en aquel cuaderno, si le apenaba por las consecuencias a prever, no le preocupaban por la conducta de su esposa, tanto menos cuanto era él el primero en reconocer la gran parte de culpa que debería corresponderle a él por tenerla a ella tan abandonada.

Pero su esposa le inspiraba una compasión sin límites porque, descartada en su ánimo su culpabilidad, resultaba en situación comprometidísima.

Pero, al mismo tiempo, recapacitaba y su instinto de defensor, su hábito de descubrir las verdades más intrincadas, conociendo casi de memoria cuanto había ocurrido, le sugería la esperanza de lograr aún probar la inculpabilidad de su esposa.

Y su pensamiento se reconcentraba con esfuerzo supremo para ver en qué forma enfocaría el asunto, porque su deber, su penosísimo deber, era dar el nombre de la verdadera culpable, aunque se tratase de su desdichada esposa a la que, pese a todo, tanto amaba; aunque se tratase de la madre de su hija.

Y, entre tanto, mientras aquellos dos apasionantes dramas tenían lugar en lo más recóndito de los dos esposos, el fiscal seguía acusando.

Ante aquella elocuencia tajante y cruel, Evelyn veía ya condenada a la inocente Judith Wilson, lo que no podía ella consentir.

—Ella mató—dijo el fiscal.

Y Evelyn gritó:

—¡No!

—¡Por Dios!—le dijo Amy.

—No... no vuelva usted a repetirlo... No fué ella... No vuelva a decirlo.

—Puede usted decirme lo que

significa esa interrupción — preguntó el juez—. ¿Quién es usted?

—La esposa de John Prentice.

—Señora Prentice. ¿Querría usted decir a la sala en qué motivos se funda esa declaración tan espontánea?

Prentice, el abogado defensor, reclamó:

—Señor juez, yo protesto. Esta práctica está fuera de orden en absoluto.

—No procede esa objeción, señor Prentice. Conteste usted, señora, a las preguntas.

—Conste mi protesta. La señora Prentice no está citada en la causa.

—Un momento, señor Prentice. Conteste, señora, a la pregunta: ¿En qué motivos se funda su declaración?

—Con la venia...—interrumpió John Prentice.

—Yo le asesiné — declaró rotundamente ella.

Prentice, al ver la decisión de su esposa, al comprobar que era capaz de acusarse a sí misma para evitar que fuese condenada una inocente, se sintió orgulloso de ella y quiso evitarle la tortura de tener que hacer por sus labios aquella confesión, pero no pudo lograr sus propósitos.

—¡Silencio!—gritó el juez ahogando los murmullos del público—. ¿Está usted dispuesta a declararlo oficialmente?

—Sí.

Intervino el fiscal:

—Señor juez, me uno a la petición de la defensa. Esta práctica está fuera de orden en absoluto. Judith Wilson es la única acusada, y yo protesto enérgicamente de esta intromisión delante del jurado.

—Señor juez—dijo Prentice—, solicito de la sala la suspensión de la vista.

—La solicitud de la defensa queda denegada. La señora Prentice se ha declarado culpable del delito de que nos ocupamos.

—Señor juez—manifestó Prentice—. La sala está en el sagrado deber de informar a la señora Prentice de sus derechos constitucionales.

—Esa observación es muy acertada.

—Por lo tanto, antes de declarar la testigo... tiene derecho a consultar con un letrado.

—Renuncio a ese derecho. Quiero solamente decir la verdad... No puedo callarla por más tiempo.

Y murmuró en voz baja dirigiéndose a su esposo:

—Lo único que me duele, eres tú... y Dorotea.

—Que jure la testigo — ordenó el juez.

**

—Jura usted solemnemente y ante Dios que el testimonio que está a punto de prestar en esta causa ha de ser la verdad de la verdad y nada más que la verdad?

—Sí, juro.

—Siéntese usted ahí... señora de Prentice. ¿Usted conocía a Lawrence Kennard?

—Sí.

—¿Dónde lo vió usted la última vez?

—En el cuarto que habitaba.

—¿Cuándo?

—El 9 de octubre.

—¿Podría usted decir a la sala, sin omitir detalle, por insignificante que lo juzgue, todo cuanto sepa acerca de este caso?

—Yo había escrito unas cartas... Nada malo decían... pero podían ser mal interpretadas... El se negó a devolvérmelas. Pedia dinero. Me amenazó con mostrármelas a mi esposo.

—Continúe.

—Vi una pistola en un cajón del escritorio. Yo la empuñé. No tenía intención de usarla, quería sólo intimidarlo para que me diera las cartas... El había bebido... Entonces me pegó... Yo caí de espaldas, di con el codo en la pared... y el arma se disparó accidentalmente.

—¿Accidentalmente?

—Sí.

—¿Después qué pasó?

—Cayó al suelo. Oí alguien en la cocina... y me asusté. Tiré el arma en una silla y salí huyendo.

—¿El señor acusador fiscal desea hacer alguna pregunta a la testigo?

—No, señor juez. Si la sala accede a ello, retiro mi acusación en esta causa contra la procesada Miss Judith Wilson.

—La defensa se opone, señor juez. Deseo interrogar a la testigo.

—Denegada la petición del señor fiscal. Puede usted comenzar su interrogatorio.

**

El esposo de Evelyn había estudiado aquella causa tan a fondo y era tan sagaz, que vió inmediatamente claro en el asunto.

Interrogó así a su esposa:

—Usted ha dicho al tribunal que el tiro que mató a Kennard se escapó accidentalmente. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Está usted segura de ello?

—Sí.

—El le pegó a usted, y usted, al caer al suelo, dió con el codo en el muro y se le escapó el tiro. ¿No es así cómo ocurrió?

—Sí.

—Entonces nada más. Es de suponer que sólo un tiro fué disparado.

—Sólo uno se disparó.

—Observó si había sangre o si había alguna herida en el cuerpo de Kennard cuando estaba tendido?

—No.

—Ni se detuvo usted tampoco a examinar si aun respiraba?

—No... Yo sólo, al oír a alguien en la cocina... me asusté mucho y salí corriendo al recibidor.

—¿Y no se cruzó usted con nadie al salir?

—No.

—¿Seguro? ¿Ni en el recibidor ni en la escalera?

—No vi a nadie.

—¿Está usted bien segura de ello?

—Sí.

—¿Y está segura de que sólo un tiro se disparó?

—Sólo un tiro. Estoy segura.

—Nada más. Deseo interrogar a Miss Wilson otra vez.

—Concedido.

—Haga el favor de sentarse de nuevo ahí, Miss Wilson... Usted recuerda que en la prueba quedó demostrado que después de ser asesinado Kennard, se encontraron estas dos balas... Una alojada en su cuerpo y la otra empotrada en la pared...

—Sí, señor.

—Siendo así, sabemos con certeza que se hicieron dos disparos.

—Sí, señor.

—En su anterior declaración usted ha dicho que estaba cierta de haber oído los dos disparos. ¿No es verdad?

—Sí.

—Es que la señora Prentice... al confesar que ella mató a Kennard, ha declarado ante el tribunal... que se le escapó un tiro solamente.

—Quizás... yo estuviese equivocada.

—Antes declaró estar segura.

—No lo recuerdo bien... Estaba tan confusa, tan afectada... Tal vez no oyese más que un disparo.

—Voy a ayudarle a recordar ciertos puntos... muy importantes... de su anterior declaración... Usted dijo que... cuando estaba para entrar en la cocina... oyó dos disparos, se precipitó usted en ella, abrió de un golpe la puerta de la sala y se encontró a Kennard tendido en el suelo. ¿No es cierto?

—Es cierto.

—Entonces se arrodilló junto a él... notó que había muerto... cogió la pistola... y en aquel momento entró el muchacho de la tienda y la vió a usted. ¿Es también esto cierto?

—Sí.

—Y si la señora Prentice salía de allí cuando usted llegó, y el chico de la tienda llegaba sólo un momento más tarde... ¿cómo se explica el hecho de que la señora Prentice no se encontrara con el susodicho muchacho ni en el recibidor ni en la escalera?... Y tanto la señora Prentice como él han declarado ante el tribunal... que no se cruzaron con nadie... ¿Puede usted aclarar ese detalle?

—Quizás... quizás yo me detuve en la cocina unos minutos.

—Para qué?

—No me acuerdo bien... Tengo idea de que pensaba beber un vaso de agua...

—Ya veo... De manera que usted, a pesar de haber oído un disparo, se detuvo para beber un vaso de agua.

Luego, con gran severidad y energía, añadió:

—Judith Wilson... En el juicio y ante esta sala ha estado en juego su existencia... Hasta este instante fuí para usted su amigo y su consejero... He puesto en la causa todo interés... para que mi defensa obtuviese del jurado un veredicto de absoluta inculpabilidad. He fiado en su sinceridad y he creído en su inocencia. Pero usted ha traicionado mi confianza y ha traicionado mi amistad. Me engaño usted a mí y trató de engañar a la sala. Confiese la verdad de lo ocurrido. Es necesario que sepamos lo que realmente ocurrió desde el instante en que usted subió las escaleras hasta aquel en que el chico de la tienda entró en el cuarto... ¿Lo digo yo?

—No, yo lo diré... Lo diré todo — murmuró Judith con voz desolada.

¿Qué otro remedio le quedaba a la pobre infeliz sino el de confesar? Aquel hombre lo había adivinado todo y lo relataría punto por punto tal como sucedió y convencería al jurado, puesto que ella no podría explicar aquel segundo

tiro, que había sido el verdaderamente homicida.

Y, negando ella, logrando él convencer al jurado, sería seguramente condenada, mientras que confesando ella la verdad, la triste y horrible verdad, tal vez pudiera esperar aún compasión y misericordia.

Pero más que nada, obró por un impulso inconsciente, sugestionada por las palabras de Prentice, de un modo automático, lleno el pecho de desesperación, ajena de sí misma, sin acordarse ya de la silla eléctrica, que tanto le escalofriaba antes, ni de nada, ante la inmensa emotividad de aquellos trágicos momentos.

Y mientras resurgía una fugaz esperanza en el ánimo de Evelyn y palpitaba de emoción la sala entera, comenzó aquella infeliz su confesión.

**

Judith Wilson fué narrando lentamente:

—Cuando subí al piso, yo oí un disparo... sólo uno. Yo me precipité en la cocina... abrí de un golpe la puerta del otro cuarto, y vi

a Larry tendido en el suelo. El suso no me dejó ni moverme. Transcurridos unos instantes, se agitó un poco y pude convencerme de que aun existía... El solo logró incorporarse... y, aunque con trabajo, pudo ponerse en pie... Estaba algo aturdido... Al caer se había dado un golpe en la cabeza.

Le pregunté si tenía alguna herida y contestó que no... «No —me dijo—, ella erró la puntería»... Así supe que era otra mujer... Otra mujer a quien él había enamorado... «¿A qué ha venido aquí esa mujer?»—le pregunté—. Y se puso furioso. Estaba borracho.

«Me increpó. Me dijo que no me metiera en sus cosas... que me fuera, que hacía ya tiempo que estaba harto de mí... Yo comprendí que hablaba en serio y le imploré, porque le amaba... Le

pedí perdón, le dije cuánto le amaba, lo que significaba su amor en mi vida... y él se burló de mí... Contestó que o me iba o me echaría él... Entonces... brutalmente... empujándome hacia la puerta del cuarto... me pegó...

»Yo sentí un arrebato de locura y, sin pararme a pensar lo que iba a hacer... arrastrada por una fuerza superior, me desasé de él y cogí la pistola. Le dije que no volvería a hacer con ninguna la cannallada que había hecho conmigo, y entonces disparé...

»Se desplomó en el suelo. Yo estaba junto a él sin darme cuenta de nada con el arma en la mano... cuando llegó el chico de la tienda con el encargo.»

En todos los concurrentes, y hasta en el jurado, reinaba el más profundo estupor.

DESENLACE

Todo había salido como Prentice lo esperaba. Si él había aparentado en algún momento abandonar su campo de abogado defensor para hacer una incursión en el del fiscal, solamente se había tratado de una de sus características habilidades.

Tras de aquella confesión trágica y hondamente emocionante, después de la valiente confesión de su esposa, la sala rebosaba emoción y el ánimo de los jurados no podía librarse de aquella sugestión tan fuerte.

Aquel era el momento oportuno para lograr uno de aquellos triunfos tan brillantes que él sabía apoyar sólidamente en la emoción, y recobró su papel de abogado defensor.

El le había obligado a confesar, no para librarse y defender a su esposa, sino para ocasionar aquel estado emocional, aquella psicosis que le permitiría obtener la absolución.

Mientras renacía una relativa tranquilidad en el ánimo de Evelyn y la pobre Judith no se daba cuenta de nada, dirigió una mirada alrededor.

Entonces, Prentice, conociendo el estado psicológico de los miembros del jurado en aquellos instantes, emprendió una elocuente defensa.

—Las palabras de esta infeliz mujer —manifestó— hablan más elocuentemente que cuanto yo pudiera decir... Ella era digna, honrada, honesta. Conoció a Kennard,

y Kennard destrozó su existencia, peor que si le hubiese puesto la bala aquella en el corazón.

«Lo que ésta y otras mujeres han debido sufrir con ese hombre, ni imaginarlo podemos... Sólo eso basta para estremecer la conciencia de los hombres honrados... ¿Qué otra cosa podemos sentir en este instante, sino compasión y ternura ante esa infeliz mujer?

»Kennard era uno de esos seres repugnantes que viven de las mujeres... El la amenazó, la golpeó, y ella, ciega de ira, ciega de espanto, disparó contra él... Por conocerle, sabía que era capaz de asesinarla... y mató en legítima defensa.

»Señores: contra Kennard, contra todos esos rufianes, debe ir todo el rigor de la justicia... El ha caído como debía caer. Eliminar una alimaña, no constituye delito... Y así, yo os pido, señores, en nombre de esa misma justicia, que falle vuestra conciencia declarando a Judith Wilson inocente.

Y el jurado atendió sus palabras y la absolvió.

Era la cosa más natural del mundo. El jurado no tenía más remedio que absolverla. Todos sus

miembros eran pequeños burgueses, artesanos, obreros — los multimillonarios tienen demasiadas cosas que hacer para entretenese en ser jurados — y todos ellos tenían hijas en condiciones de ser víctimas de canallas de la índole de Kennard.

Todos se sentían íntimamente impresionados por aquella horrible tragedia que había envuelto en sus derivaciones a la esposa de un hombre ilustre creando un horrible drama familiar.

Y, lógica y naturalmente, como lo había inmediatamente adivinado el talento de Prentice, el jurado absolvió.

Aquellos hombres de tendencias burguesas, propicios a atender las insinuaciones del fiscal para salvaguardar la sociedad, atendieron entonces las insinuaciones del defensor, porque propendían al mismo fin.

Y, sobre todo, porque su estado anímico y emocional, que tan bien sabía manejar aquel genial abogado, así se lo ordenaba a cada uno imperativamente.

Poco después los vendedores de periódicos corrían por las calles voceando números extraordinarios con los emocionantes detalles de la vista...

**

Habían pasado unas horas después de la terminación del juicio. Era ya de noche. Evelyn y Amy hablaban junto a la cuna de Dorothea que acababa de dormirse.

—¿Cómo he podido, Amy, destruirlo todo de este modo?

—Yo no creo que te deje marchar. No puedo creerlo.

—Le es necesario... ¿Qué pude de pensar de mí? Sin razón alguna, absolutamente ninguna, lo hace todo pedazos.

—Espera aún, mujer.

—No... El no ha vuelto y el juicio terminó hace unas horas... ¡Oh, Amy, Amy!... ¿Qué podrá pensar de mí de ahora en adelante?

Y rompió a llorar presa de un desconsuelo inmenso.

La niña se despertó preguntando:

—¿Qué es lo que te pasa, mamá? Dime, ¿por qué estás llorando?

Aquella hija era para ella el puñal más agudo y doloroso que sentía clavado en su corazón. La abrazó y la besó con transportes

de locura. Entre gemidos, le dijo:

—Hija mía. No olvides nunca lo mucho que tu mamá te quiere.

—Hola, papá—dijo la niña al ver aparecer a su padre a la espalda de su madre.

—Hola, papá?... ¡Estaba allí él!... La emoción paralizó por unos instantes el corazón de la pobre Evelyn... Se encontraba en presencia del hombre a quien tanto amaba y que tanto le amaba a ella, pero que debería creerse engañado... ¿Qué reproches le dirigiría?... ¿Qué palabras emplearía ella para justificarse?... Había llegado el terrible momento tan temido que ella hubiera querido rehuir a toda costa... Si su hijita se hubiera dormido antes, se hubiera ella marchado, evitándolo.

Y, sin embargo, no tenía nada que temer.

Su esposo, siendo un verdadero maestro en cuestiones de delincuencia, era un gran conocedor del corazón humano.

Antes de que ella se declarase culpable ante el tribunal, ya lo sabía él por el diario de Kennard. Y, desde el momento en que lo supo, la había justificado y perdonado. El la conocía bien y sabía que era buena, y los buenos no delinquen. En cambio, por los antecedentes que tenía de Ken-

nard, conocía perfectamente su capacidad para engañar y enredar a una mujer tan inocente como ella. Era indudablemente cierto lo que ella había declarado, y aquellas cartas carecían de importancia y solamente la asustaban por una posible falsa interpretación. ¿No le había ocurrido a él, tan experto, algo parecido con Nancy Harrison? Desde el primer momento la había justificado y perdonado. Si allí en el juzgado, al comprobar los hechos con el diario de Kennard, hundió desesperado la cabeza entre sus manos, fué por la pena que le daba la situación de su mujer y por el escándalo que iba a producirse.

Esta pena, esta preocupación, subió de grado hasta hacerse inmensa cuando Evelyn se declaró culpable ella misma ante el tribunal de una manera espontánea. Se hacía cargo de la emoción inmensa que estaría experimentando en aquellos momentos su mujer, inmensamente mayor que la que él mismo experimentaba. Y, no dejándole a él plantear las cosas en debida forma, había, además, el peligro de que fuese condenada. De ahí sus infructuosos conatos de intervención para darle otros cauces al debate.

Pero, al mismo tiempo, la recta

conducta de su esposa obrando al dictado de una conciencia incorruptible, había despertado su admiración y su cariño se había agigantado sin límites.

Después de la vista, ya sereno, había recapitulado sobre las angustias horribles que debía haber sufrido su esposa mientras él preparaba la defensa, vacilante entre el deseo de que Judith fuese absuelta y el temor de que la sagacidad de él tropezase con la horrible verdad. Y sintió una compasión inmensa por la pobre Evelyn.

Y su determinación fué radical y concluyente. Sería aquel un capítulo de su vida que desaparecería en absoluto borrado por el más completo olvido.

—Sólo estuve aquí hasta esperar que ella se durmiera, porque no me atreví a decírselo.

—¿Qué quiere decir mamá con eso?

—¿Tú te acuerdas de un día en que te pasó algo terrible y te lo arregló papá?

—¿A aquella vez que rompí el jarrón?

—Sí.

—¿Es que ha roto algo mamá?

—No, rica. Pero mañana cogemos aquel barco tan enorme... Y

como tu mamaíta cree que no quieres ir ...no se atreve a dejarte.

—Yo si quiero ir, mamá.

—John... John... Por Dios, oye...—imploró Evelyn.

—Evelyn: el caso de Judith Wilson ha terminado hoy a las cinco... en todas sus fases... En todas sus fases.

—Yo iré contigo, mamá, yo iré.

—Tú irás con ella. Ahora duerme.

—Buenas noches, papá y mamá.

—Que descanses.

—No llores, mamá, que yo te quiero a ti más que a la escuela y más que a todo.

—Duerme, hijita, duerme. Y pídele a Dios que llegues algún día a ser tan heroicamente valerosa como tu madre.

EPILOGO

Y se marcharon a Europa en un barco muy grande, huyendo del escándalo que pronto sería olvidado, consagrado el marido a la mujer, la mujer al marido, y ambos a su hijita idolatrada.

Entonces pudo apreciar John Prentice que, si es muy grande la satisfacción alcanzada con los éxitos, lo es mayor la de la íntima vida familiar.

Y mientras Farley se tiraba de los pelos, camino de perder su re-

elección, en Europa era feliz el matrimonio, admirador él de la valentía de su esposa, agradecida ella al generoso perdón de una falta imaginaria, feliz la pequeña Dorotea en su ignorancia de los dramas de la vida que algún día le alcanzarán también...

Y la vida continuó en su esencia global sin preocuparse de este drama tan intenso que, sin embargo, era para ella una misera pequeña...

FIN

Las maravillas de la temporada

EN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NÚMERO:

La diosa del fuego

Fantástica narración más allá de la ciencia, de la humanidad y de la vida. El secreto de una mujer que aguardó veinte mil años, esperando la reencarnación de su perdido amante. Grandiosa creación de

Helen Gahagan
Randolph Scott

Superproducción *Radio Films*

EN PRENSA:

Alas sobre el Chaco

Novela emotiva de amor, sacrificio y traición. El valor y el arrojo al servicio de una pasión amorosa.

Lupita Tovar
José Crespo **Antonio Moreno**
Juan Torena **Barry Norton**

Superproducción *Universal*

Lo mejor de
lo mejor **SIEMPRE** en Ediciones Biblioteca Films... ¡CLARO!

Ediciones Biblioteca Films

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

GLORIA DE UN DIA

La llama del arte que inflama el amor de una mujer.

KATHARINE HEPBURN

LA NOVIA DE FRANKENSTEIN

La novela del monstruo que pide una novia. Por el coloso

BORIS KARLOF

EL REY SOLDADO

Obra maestra del género histórico, de un gran monarca que pasó a la posteridad, con el sobrenombre de «Federico el Grande». Creación del eminent

EMIL JANNINGS

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL

Novela dinámica y de gran «sprit» americano, con tema amoroso y moderno.

WARNER BAXTER - MYRNA LOY

OJOS NEGROS

La sublimidad del amor paterno, en contraste con el amor carnal.

SIMONE SIMON - HARRY BAUR

LA ALEGRE DIVORCIADA

Obra sugestiva, de asunto alegre y pícaro, que da ocasión a lucir el gran baile «EL CONTINENTAL» (Danza de los besos). Creación de la simpática pareja

GINGER ROGERS - FRED ASTAIRE

UNA NOCHE DE AMOR

Novela basada en la vida y el éxito de una gran cantante de ópera.

GRACE MOORE

LA VIUDA ALEGRE

La más grande novela de amor de atrevido y sugestivo asunto, por los artistas de la juventud eterna y de la simpatía

MAURICE CHEVALIER
JEANETTE MC DONALD

Pida su ejemplar
antes de que se agote

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Ediciones Biblioteca Films

(Título de la supremacía)

La narración de la maravillosa producción

La viuda alegre

basada en la célebre opereta del mismo título, y suprema creación de la pareja símbolo de la juventud eterna

Jeanette Mac Donald

Maurice Chevalier

constituye una repetición de aquel

Desfile del amor

de imperecedero recuerdo

Pida su ejemplar antes Precio UNA peseta
de que se agote a

Editorial "ALAS"

Apartado 707 - Barcelona

Propaganda

UNA peseta